

HISTORIAS DE ROCK

MARCO LÓPEZ ABALLAY

ILUSTRACIONES DE SEBASTIÁN MONCADA ROMÁN

EDICIONES INUBICALISTAS

DEDICADO A:

*Andrea, Francisca, Ignacio, Joaquín, Azulina, Luna Paz, Pablo, Camilo, Catalina,
Aarón, Fabiana, Mateo, Rafaela, Martín.*

I PARTE

Por la ventana abierta del estudio de Gandini llegaban los rumores del mundo. Una confusa profusión de sonidos inarticulados, cortinas musicales, alaridos políticos, voces televisivas, sirenas policiales, anuncios de conciertos internacionales de rock and roll.

Ricardo Piglia

REENCUENTRO



*¿Por qué hace años que no te espero
y ahora te espero desde hace años y años?*

Alfredo Bryce Echenique

I

A Juan Stuardo Sotomayor lo conocí en tiempos de nuestra niñez; éramos vecinos y amigos, jugábamos a la pelota, visitábamos nuestras casas a menudo. Luego de un tiempo nos perdimos, pero nos reencontramos en el liceo, no recuerdo bien si en tercero o cuarto medio. -¿En cuál de todos los que estudiaste? -me pregunté, mientras bajaba por el ascensor desde el piso 23 del edificio Amunátegui, sin poder responderme con certeza. Lo importante es que fuimos amigos, y punto, me dije después de darle vueltas y vueltas al asunto.

Ahora creo que está separado (después de dos matrimonios y cinco hijos). Vivió en Mendoza desde el año 86 al 90 (de eso sí que estaba seguro), y, por razones laborales, emigró a Europa. Allá debió conocer mujeres de rostros cadavéricos y cuerpos anoréxicos; imaginé con algo de envidia; chicas elegantemente vestidas en ple-

no centro de Londres. Y Stuardo allí, con su pose de chico latino, pero con ojos de europeo. Así, poco a poco su imagen se me hizo más nítida; Juan Stuardo tenía ojos celestes, pelo castaño y el rostro colorado, le brillaban los vellos sobre sus brazos, y además, era huesudo como las viejas de Luvina, ¿o del *obsceno pájaro de la noche*? Y reí como viejo chalado al final de la estación del metro, una vez que volví del recital.

-¿Del recital?- me preguntaron al otro lado del celular, respondí que sí.

-¿Y qué te pareció?

-¿Te refieres a los Electr 32K?

-Claro...

-.... Disculpa, es que... sí, sí, muy bien- reconocí con impaciencia.

-Entonces nos vemos mañana; ¿te parece?

- Sí, gracias.

-A las tres.

-Sí, a las tres.

Colgué, me dirigí a la cocina, tomé un par de tranquilizantes, me acosté en posición fetal y procuré dormir sin pensar en el mañana.

A Stuardo Sotomayor le gustaba tocar la escoba de su abuela, quiero decir, que desde pequeño le gustaba simular que las escobas eran guitarras eléctricas y las trataba tal como aquellas que veíamos en los videos de *Magnetoscopio Musical* en el living de su casa, mientras una de sus hermanas nos servía jugo de naranjas y galletas

soda. Soy el nuevo Gene Simmons de Tierras Altas, decía, y tomaba la escoba inclinando su cuerpo; su mano izquierda apretaba el largo vástago de madera y la derecha rasgueaba las varillas, mientras cantaba canciones en inglés; el ritmo vertiginoso del heavy metal.

Y pensar que mañana veré a ese desgraciado, dije en voz alta, cuando desperté a las cuatro de la madrugada y ya no pude conciliar el sueño, pues imaginaba la sonrisa de Juan, el saludo agrandado, la ropa europea y los modales adquiridos en tierras lejanas.

Además -seguí pensando en voz alta- es ingeniero en sonido, con varios diplomados y un magíster en su currículum. Pensaba en que me diría al enterarse que yo no he hecho nada. Nada que pueda considerarse importante a la luz del tan manoseado exitismo, término en boga a este lado de la cordillera en estos tiempos de esnobismo y de vivir con caretas.

Al día siguiente me levanté relativamente tarde (eran cerca de las once de la mañana). Fui a la cocina; tomé agua mineral sin gas con galletas de chuño, enseguida me lavé los dientes, me mojé la cara y salí corriendo a la calle.

Al llegar a la estación del metro, me fijé en la hora; una de la tarde con diez minutos. Creo que aún es temprano, dije en voz baja. En una de las paredes había un pequeño retrato de San Expedito, me persigné y le dije; cuídame San Expedito, mide mis palabras y actos. CANCELÉ el boleto, saludé al guardia, bajé las escaleras (eran 38 escalones, divididos en dos partes), esperé pacientemente la llegada de los carros, miré televisión (unas pantallas gigantes estaban transmitiendo los pormenores de recital de los Electr 32K). Escu-

ché el sonido del carro (que se aproximaba como chispazos de una luz desconocida). Volví a persignarme, sonreí a quien quisiera ver una sonrisa de un viejo provinciano. Subí con rapidez, y cerré los ojos sin pensar en nada más.

II

¿Por qué existen situaciones, hechos confusos, vivencias que muchas veces deseamos olvidar? ¿Cómo escapar a ese recuerdo que de pronto asoma sus garras y amenaza con estrangularnos en plena vía pública?

Una guerra interna. La lucha con mis propias limitaciones. El pensamiento y las ideas fijas en ello. Me explico; con Juan Stuardo Sotomayor (a él le encantaba que lo nombraran con sus dos apellidos) en dos ocasiones anteriores, en distintos lugares y en distintas fechas de calendario, ya habíamos intentado reunirnos.

La primera vez fue a fines del año 90, cuando éste había concluido sus estudios universitarios en Mendoza. En esos años utilizábamos el correo tradicional para mantenernos comunicados. Yo vivía en Talca, específicamente en los alrededores de dicha ciudad, y dos veces al año me llegaban noticias de él:

Estimado y entrañable amigo mío (así comenzaban sus cartas). Aquí en Mendoza hace mucho calor. Las hormigas son gigantes, las lluvias son calientes y el viento amenaza con barrer la ciudad. Las mujeres son hermosas; rubias, de todos los tonos y gustos, altas, de cintura apretada y pechos

enormes. La Facultad en la cual estudio me queda un poco retirada, pero en fin, son mínimos detalles para un estudiante pobre y honrado como yo.

Oye, pasando a otro tema; Quiero invitarte a que vengas a esta hermosa ciudad. No puedes negarte, aquí hay piezas para alojados, hay harta literatura y música (al Rock Latino aquí lo llaman Rock Nacional), sin ir más lejos, hace dos semanas fuimos con mis primos a ver a Charly, el tipo es fenomenal, gritó, bailó, agarró a puñetazos a un corista, pero es un músico 100%, y aquí, en su patria, los argentinos le perdonan todas sus fechorías ¿viste?

Con respecto a la literatura (que a ti tanto te agrada), he oído hablar de Juan Pablo Castel y su túnel infinito, me han recomendado los Cronopios y Famas de un tal Cortázar, pero no entendí nada de nada, traté de concentrarme en otras lecturas, pero terminé rozando las rodillas de una compañera de curso en plena sección bibliotecaria. ¿Qué tal? Te espero entonces. En la próxima carta te doy la fecha y lugar.

Abrazos

Juan Pablo Stuardo Sotomayor.

Con el tiempo nuestra amistad se afianzó mucho más de lo que imaginábamos, debido principalmente a nuestras correspondencias que iban y venían como palomas mensajeras sobre la cordillera de Los Andes. En una de sus últimas cartas Juanito Stuardo me invitó a la ceremonia más importante de su estadía en Mendoza. Como no había concretado ninguna de sus invitaciones, esa vez acepté; tomé mis ahorros y viajé en la fecha señalada. Ahora lo recuerdo bien, por un pequeño detalle que Juan Pablo no contempló, o mejor dicho, tal vez olvidó con el nerviosismo de esas agita-

das horas. El asunto es que al llegar a la puerta del Aula Magna me encontré con dos porteros que recibían a los invitados:

-Necesitamos ver la invitación.

-No tengo invitación, soy chileno- creo que les dije notoriamente asustado.

-Entonces no podés entrar.

-Pero si estoy invitado.

-Pero necesitamos la tarjeta ¿viste?

-Oigan- les dije con voz irritada-. Mi amigo se llama Juan Stuardo Sotomayor, es chileno, y hoy se gradúa de ingeniero en sonido.

-Mirá, no sabés cuánto lo sentimos, pero no podés entrar así como así.

Con un ardor de pies a cabeza no quise seguir discutiendo, opté por alejarme, caminar entre la multitud, recorrer los parques (que allá son muy hermosos). Me interné en una Libroteca, adquirí el libro *Prólogos con un Prólogo de Prólogos*, de Jorge Luis Borges (que hasta el día de hoy no logro entender), me senté un par de minutos en la plaza San Martín e intenté comunicarme con un número telefónico que Stuardo había anotado en la carta:

-Aló.

-¿Aló?

-Aló.

-¿Aló?

-Sí, ¿con quién deseás platicar?

-Con la casa de la señora Vidal Stuardo.

-Sí, que deseás.

-Necesito comunicarme con su sobrino, Juanito Stuardo.

-Ah, ya, pero yo no soy su tía. Escucháme querido, él se encuentra en la Universidad de Cuyo, en su graduación, ahí están todos acompañándolo. Si querés lo podés llamar más tarde. O bien podés ir para allá, que no está tan lejos del centro.

-Justamente de ahí vengo, pero no me dejaron entrar...

La llamada se cortó, volví a intentarlo, pero el teléfono sonaba ocupado. Mi rostro enrojeció de impotencia y, notoriamente irritado, colgué. Tras pensarlo un par de minutos me decidí y volví al Terminal de buses. Ocho horas después estaba en Santiago abordando el tren que me conduciría a la ciudad de Talca. El asunto estaba terminado (aunque difícilmente olvidado).

La segunda ocasión fue aproximadamente hace seis u ocho años. Supuestamente Juan Stuardo se encontraba de vacaciones en San Felipe, en un sector llamado San Francisco. Pero la verdad es que jamás me invitó a verlo; imaginé que aún estaba sentido por lo que había ocurrido, pues, como es de suponer, después del abortado encuentro dejamos de comunicarnos, por lo que nunca supe si se habría enterado de mi odisea en Mendoza. La cuestión es que Juan se encontraba en Chile (lo supe por Ernesto, nuestro amigo y ex compañero del Liceo Manuel Borgoño Núñez).

Ernesto Leiva me llamó a las nueve de la mañana del día anterior al viaje. En el Mercado Municipal adquirí una cámara fotográfica. En un supermercado compré un par de cervezas y algunos

regalos (para Ernesto y Juanito).

Reconozco que ése fue un viaje difícil; ¿Y si Stuardo no me reconocía? Habían transcurrido más de 15 años sin vernos. Además estaba el chascarro del año 90 lo que significó que a partir de entonces nos perdiéramos definitivamente. Por ello el único puente que nos podía unir era la voz y presencia de Ernesto, que sí mantenía correspondencia con Stuardo, ambos habían acordado reunirse acá, en Chile, además (y esto englobaba muy bien la situación) trabajaban en el mismo rubro (con la salvedad que Stuardo era ingeniero y Ernesto técnico).

Unos diez kilómetros antes de llegar a San Felipe, a un costado de la carretera, el bus se detuvo en el Santuario Santa Teresita de Los Andes. Como me encontraba nervioso, bajé unos minutos e ingresé a la iglesia; me arrodillé, rogué que todo saliera bien y me persigné en dos ocasiones. Luego, al volver con toda calma al bus, me di cuenta que había partido.

-¡Ay, Dios mío!- exclamé.

Tuve que esperar media hora más para tomar otro bus y continuar el viaje. Con Ernesto habíamos acordado juntarnos al mediodía en el Terminal de buses de San Felipe, cuando llegué era la una con treinta minutos. Pregunté en todas partes si alguien conocía a mi amigo, pero era como buscar una aguja en la arena; absolutamente nadie lo conocía. ¡Maldita sea!, repetí tres veces, y sentí como el rubor (el mismo que había tenido en Mendoza hace diez años atrás) volvía a mi rostro junto con las ganas de mandar todo a la punta del cerro.

Anduve por las alamedas que rodean el centro, luego en la Plaza de Armas (era el aniversario de San Felipe, la heroica ciudad de Aconcagua), compré algunos recuerdos, me saqué un par de fotos con unas ancianas en un banco de la plaza (recordé a los fantasmas de Luvina y a Úrsula Iguarán), también con la promotora de una tienda de ropa femenina (no sé por qué, pero ahí recordé a Laurita Avellaneda), y creo que me anduve enamorando -qué bueno, me dije- pero me despedí con un beso fresco en sus mejillas. Acto seguido llamé a un teléfono de contacto que me había entregado Ernesto, lamentablemente nadie contestó. A esas alturas estaba realmente agotado, quería volver a mi amada Talca. El asunto estaba terminado, y no quise saber nada más de aquella historia. Sin embargo aquella historia permaneció viva en mi pensamiento, para bien o para mal, pues siempre tuve presente a Juanito Stuardo.

III

Creo que debo agradecer a la tecnología (me refiero a Internet, por supuesto), pues, gracias a ello pude dar nuevamente con el paradero de mi entrañable amigo. ¿Amigo? ¿Se puede llamar «amigo» a alguien que no veo desde hace más de 25 años? Yo creo que sí, porque en estos tiempos los conceptos y palabras han cambiado (así nos lo aseveró el autor del *Aleph* en uno de los seis discursos que diera en la Universidad de Harvard, cuando citó al admirado Leopoldo Lugones y dijo en un inglés elegante, con manos nerviosas y ojos cerrados; «toda palabra es una metáfora muerta»).

Hace dos años me decidí y escribí en Google: Juan Stuardo Sotomayor. Para mi sorpresa, aparecieron muchas notas y artículos en que mencionaban su nombre:

-En la tarde del 15 de febrero del presente año, el pastor evangélico señor Juan Stuardo Sotomayor, fue encontrado muerto en la selva de Colombia... La nota se prolongaba por más de dos páginas. No, dije, éste no es el Juan Stuardo que busco, no creo se haya convertido en evangélico, aunque podría ser ¿por qué no?

-Juan Stuardo Sotomayor, es un miembro activo de Facebook, decía en otro punto. Pinché y la sorpresa fue grande al comprobar que se trataba de mi amigo. A pesar del nerviosismo me decidí e intenté comunicarme con él. Juan solo comparte cierta información de su perfil con todo el mundo. Si conoces a Juan, agrégalo como amigo o envíale un mensaje... Dejémoslo para después, me dije, ya habrá tiempo.

Al día siguiente tuve acceso a fotos de él; en una salía con dos muchachas abrazado, una a cada lado. En otras salía con distintos artistas de rock; Axl Rose, Norah Jones, Joey Tempest (de la agrupación Europe), Morrissey y otros músicos de jazz, blues, hip hop. No podía ser de otro modo, me dije al recordar su profesión, más al leer en su ficha de presentación que trabajaba o era socio de una productora de eventos y espectáculos internacionales. Sentí una alegría tremenda, por un lado, y por otro- lo confieso honestamente- una sana envidia. Luego me dirigí al sector *mensajes* y le envié un par de saludos.

Al cabo de una semana ya tenía respuesta:

Estimado Pedrito; ¿cuánto tiempo ya? ¿Cómo has estado? Cuéntame

de tus cosas. Yo he estado muy bien. Imagínate, vengo llegando de una gira por Rusia que tuvimos con el grupo Coldplay... una experiencia maravillosa, aunque agotadora. Y ahora debo preparar mis maletas para ir a Polonia, pues empieza otra gira en la cual debo trabajar en el área de sonido, y ahí serán seis meses maratónicos, pero en fin, son los gajes del oficio, ¿no? Bueno amigo, disculpa por lo poco que te escribo, pero debo irme. Escíbeme y espero verte pronto

Abrazos

Juan Stuardo S.

La verdad es que no quise o no pude o no me atreví a responderle de inmediato. Esperé un tiempo y le envié algunas fotos turísticas de Talca, Santiago, Valparaíso. Pero no supe nada de él hasta dos meses después, no recuerdo muy bien lo que me contestó, aunque aseguraba que estaba muy feliz en la gira por Europa, de sus deseos de venir a Chile, visitar Tierras Altas y tocar la guitarra de su abuela. Como es de suponer, tardé en contestarle, dejé pasar algunos días, quizás para dárme las de interesante, de persona ocupada o algo parecido, pero no pude resistirme y al cabo de una semana le escribí diciéndole cuánto deseaba conversar con él, conocer su nueva vida. Pero pasaron varios meses y Juan no contestaba. Hasta que una tarde primaveral en que las hojas, el viento y los mil colores de las plantas se asomaban por las calles de la ciudad, recibí respuesta; me informaba que muy pronto vendría a Chile, que estaba trabajando en un mega proyecto musical ¿Adivina con quién?. No lo sé

(me respondí). Pues con nuestro amigo, el del Liceo Manuel Borgoño Núñez; Ernesto Leiva. Por si no lo sabes, él está viviendo hace ocho meses en el viejo continente, trabajamos juntos y nos hemos acordado mucho de nuestros compañeros de curso, especialmente de ti, pues no sabría decirte el por qué, pero tú eres el que más ronda por nuestras mentes embriagadas (y afebradas) en nuestra itinerancia por la bohemia europea (París, Londres, Barcelona). Yo me hice el que no entendía nada, los colores del rostro se confundían con los colores y matices de la primavera. Afuera, el calor de la ciudad era mi calor también. Opté, no sé porqué, por cerrar la página y salir corriendo. Creo que lloré, grité, le proferí algunas palabras amenazantes o algo parecido a un tipo que llevaba un maletín. Rato después, cuando volví a casa, me recosté en el sofá y dormí hasta que se hizo la noche.

IV

-Disculpe señorita. ¿Sabe usted cuánto me falta para llegar al hotel House Santiago?

-Dos cuadras, caballero... le queda poco.

-Gracias.

Y tenía razón la señorita del kiosco, me quedaba poco para reencontrarme con Juanito; abrazarlo, contarle mis aburridas situaciones cotidianas; mi trabajo en una pastelería y las lecturas de Juan Emar (y ese pájaro verdoso que me seguía a todas partes). Tal vez nuestros mundos estaban separados por una barrera infranqueable,

sellada por cientos de candados puestos en el transcurso de estos largos años, aún así pensé con optimismo, qué más da; a mí me gusta la música, a él, creo, le deben gustar los pasteles y las tortas, por lo tanto tema no nos faltará, menos cuando se entere de los detalles de los dos frustrados intentos anteriores por encontrarnos.

La cita era a las tres de la tarde; a las dos con treinta tomé mi celular y marqué el número registrado la noche anterior:

-¿Aló? ¿Con Juanito? Soy el Pedro. Llegué.

-¡Por fin! Te estamos esperando... en la terraza, queda por el costado del hotel. Te tengo una sorpresa...

En la terraza habían tres sillones; el de la derecha estaba ocupado por un joven, al parecer gringo, el del centro estaba vacío y en la izquierda estaba sentado nada menos que Ernesto (lo reconocí por su lunar en la cara y su sonrisa de payaso), lo que significó una sorpresa mayúscula para mí. Me acerqué y lo abracé con entusiasmo, Juan no estaba, supuse que vendría luego. Mientras tanto hablamos de su paso por Chile, sus amores, el trabajo, las giras, del liceo Manuel Borgoño Núñez (tal vez la única esfera que nos unía), hablamos de tortas, pasteles, libros y música. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero deben haber sido cuarenta y cinco minutos o quizás una hora, hasta que me di cuenta que Juanito no pensaba en aparecer y pregunté por él.

-Se supone que nos juntaríamos con él... en este hotel.

-De eso quería contarte.

-¿Cómo? ¿No me digas que se tuvo que ir?- le dije mientras

sonreía nerviosamente.

-No, no, calma- En seguida se dirigió al gringuito: Tom, ¿puedes ir al bar y pedir dos Martinis por favor?

-Claro- respondió el muchacho en un pésimo español.

-Acomódate bien en el asiento, lo que tengo que contarte es largo... y triste.

Así fue como Ernesto comenzó a relatarme los últimos detalles de su visita a Chile. Para mí es importante que ahora estemos juntos -dijo algo compungido- e inclinó el rostro por varios segundos, dándome la impresión que en sus zapatos había una pauta donde encontraría las palabras adecuadas para la situación. Gracias Ernesto por tu confianza -le repetí un par de veces- pero algo le impedía hablarme, a ratos me miraba, bebíamos pequeños sorbos de Martini, intentábamos hablar con fluidez, pero la conversación se detenía. En ese momento entendí que Ernesto ocultaba algo, alguna noticia, ¿una sorpresa?, no sabría decir exactamente qué. Intuí que detrás de esa sonrisa existía otro rostro, el de un hombre preocupado por alguna situación, algún incidente que en cualquier minuto de la conversación afloraría.

-Juan Stuardo falleció- me dijo abruptamente-. Esa es la pura y santa verdad. Juanito murió, y es por él que ahora estamos reunidos. Agradezco el hecho que hayas venido.

Me paré bruscamente del sillón. Déjate de huevadas, le dije. No me gusta ese tipo de bromas. Además -dije nerviosamente- hace solo un mes me envió un correo anunciándome su visita, lo del recital de los Electr 32K, del proyecto musical que tenía contigo. Y

sin ir más lejos anoche mismo me llamó, me invitó a este hotel para que conversáramos... y hace un rato también. Conozco su voz, no suelo equivocarme.

-Aunque no lo creas, el que te llamó era yo. El de los correos también fui yo; mejor dicho, los dos últimos correos que te llegaron eran míos. No fue precisamente Juanito el que escribió...

Me senté, bebí otro sorbo y decidí seguirle el juego, porque no me había duda, se trataba de eso, un contubernio de ellos para hacerme caer en una broma de mal gusto. Pero Ernesto se acercó, me abrazó fuertemente y con voz débil, casi al borde de las lágrimas me contó que Juanito, antes de marchar a la gira de Polonia, le había dicho que se había comunicado conmigo, que estaba feliz por el posible reencuentro; visitar Tierras Altas, tocar la guitarra de su abuela.

-Juanito quería reconciliarse contigo. Él supo que fuiste a verlo a Mendoza, pero había cometido el error de no enviarte la invitación. Quería pedirte perdón, deseaba verte, explicarte que también sabía lo del incidente en San Felipe (pero aquello era más bien responsabilidad de Ernesto, pensé). El tema, la terrible noticia, es que Juanito enfermó inesperadamente en Polonia... Yo lo acompañé en esa gira... y antes de morir, pues él supo de inmediato que se trataba de un cáncer avanzado, de pocas semanas de sobrevida, me dio su correo y la clave de acceso. Me pidió por favor que me comunicara contigo, que me hiciera pasar por él, no sé por qué, tal vez quería mantener la esperanza de verte nuevamente, quizás era la nostalgia... el deseo de recuperar un espacio tan vital en su vida como fueron esos años... esos años en que ustedes abrieron por primera

vez los ojos al mundo. Esa es la verdad. Juanito se acordó hasta el final de ti.

Al terminar su relato vi ante mí la lluvia, la sombra de los pimientos, las quebradas, el sol escondiéndose entre los cerros, un televisor en blanco y negro a las nueve de la noche, una radio cassette encendida en el patio. También escuché de pronto el eco de una risa nerviosa, algo parecido al llanto de un niño. Luego bebí un sorbo de Martini, miré con ojos nublosos alrededor, y me levanté del asiento sin despedirme de nadie.

MADONNA'S



Caminé a oscuras y en puntillas hacia el comedor. Cogí una vez más -como todos los días desde hace un año- su fotografía de mujer joven puesta sobre el aparador. La miré; yo no la conocí así, había cambiado -principalmente- de peinado, pero su risa era la misma; pensé: no puede haber tanta semejanza. Pedí perdón por mis oscuros pensamientos, guardé la foto en el bolsillo interior de mi chaqueta, prendí la luz del patio, abrí el portón, tomé la motocicleta y arranqué rumbo a la ciudad vecina.

Me fui a velocidad moderada, a medio camino me detuve. Allí, alrededor de la pequeña construcción de cemento el aire la impregna siempre de una sustancia triste, la sustancia de un grito ahogado que quedó rondando; el final anticipado de una situación que debería haber tenido un corolario feliz. Saludé, renové las velas que al encenderse iluminaron la penumbra dejando ver nítido su nombre grabado, me persigné. Volví a pedir perdón. Reanudé mi recorrido.

Al llegar a Piedra Grande las calles estaban atochadas de vehículos, vendedores ambulantes, perros vagabundos, peregrinos que se perdían en su propio camino. En algún minuto disminuí la velocidad para observar una mujer que caminaba en la vereda; vestía pantalones azules, chaqueta de cuero y tacos aguja. La verdad es que la observé con calma y agrado; era evidente, su sonrisa se asimilaba a la de Clara. Minutos más tarde me dirigí al centro, di cientos de vueltas alrededor de la plaza. En la alameda Chacabuco, entre Coimas y Salinas, saludé al busto de un héroe, el cual respondió indiferente con su mirada de bronce. Luego, unos doscientos metros hacia el norte, encontré finalmente mi destino.

Encendí un cigarrillo ofreciéndole otro a la muchacha que en ese momento permanecía tras el mesón.

-¿Qué te sirves?- preguntó.

-Lo de siempre.

El diálogo era un precipicio en el que ambos podíamos caer en cualquier minuto; ella se extrañó de verme nuevamente. Hace varias semanas que no te asomas por estos lados, dijo con un hilillo de voz que me pareció triste.

-¿Ocurre algo?- le pregunté al ver que de pronto se había quedado callada. Miró alrededor, se acercó y dijo que no daba más (situación que yo, sin entender por qué, ya había supuesto); estaba aburrida del trabajo, especialmente del acoso de los hombres, de sus propuestas cochinas y desagradables.

-Tienes toda la razón del mundo- le contesté, mientras por

enésima vez desde que la conocí me fijé en su bien armado trasero al voltearse para sacar un vaso de la vitrina. Pero la respuesta era la prolongación de palabras ciegas que revoloteaban en el aire humedecido, es decir, palabras que no obedecían a la verdad, ya que mi situación en cierto modo era cómoda. Y era innegable; el frenético piano de George Shearing, las piernas y el culo de una niña-mujer, el ron con coca-cola lograron hacerme olvidar por varios minutos el motivo de mi visita.

-Tal vez regrese a Santiago- dijo de pronto muy seriamente. - Después de un año por estos lados, no es mucho lo que tengo que hacer.

Le respondí que pensara bien las cosas, Santiago es una ciudad maldita, bien lo sabes. Luego -entre bromas y risas- me sirvió otro trago, y una vez más susurró, con sus labios rozando mis oídos, su nombre y apellido: Claudia Martínez.

La verdad, el nombre lo recordaba vagamente, sobre todo pensando en la posibilidad de otro nombre (hasta ese momento desconocido para ella). Bebí un sorbo del trago y, acto seguido me excusé; necesitaba ir al baño con urgencia.

Después de orinar saqué la fotografía de la chaqueta, la observé con atención; ¿será posible? Suspiré. Hablaría con Claudia. Esta noche. Era la oportunidad precisa, y quién sabe, tal vez la última.

Cuando regresé al mesón la muchacha atendía a un tipo alto, bien parecido, de corbata blanca y camisa celeste. No quise interrumpirlos. Ambos, Claudia y el extraño, parecían estar conectados en otra dimensión, tal vez unidos por la química que da la belleza y

la juventud. Algo incómodo, le hice un par de señas a la chica, di media vuelta y dirigí mis pasos hacia una mesa vacía.

No sé si fueron dos o tres canciones las que escuché, pero no entendí sus letras (eran en inglés, una de ellas me recordó al grupo Yes, cuya guitarra me hizo sentir en el vacío, en cuyo espacio cabían tres personas solamente; Clara, la muchacha del mesón y yo). Más allá, en una pequeña tarima, arriba del caño, otra chica hacía insinuantes contorsiones, iluminada por el parpadeo de luces multicolores. El asunto es que Claudia de repente se acercó, dijo hola, ¿cómo te sientes, pasa algo? Me preguntó si quería otro trago e hizo un guiño (por cuenta de la casa, me dijo). La miré de reojo, sonreí con dificultad, pues, inexplicablemente, la tristeza se adhería como piel transparente en mis entrañas, lo cual me aislaba de todo. Un año es una eternidad, dije en voz alta.

-¿Qué?

Pero antes de responder ya se había ido; corría de un lugar a otro atendiendo los pedidos de los clientes. Esperé a que se desocupara, mientras tanto seguí escuchando música, y a la vez pensando en las palabras precisas para hablarle. Cuando volvió a la mesa, me puse de pie, le dije que era la dama más encantadora que existía en esa ciudad fantasma. Pero sonrió nada más, tal vez había caído al abismo, y no encontraba palabras para volver a la plataforma, o sí; existían palabras -incluso gestos y muecas- pero el escenario era de hielo, ambos resbalaríamos en cualquier momento.

Pero *la noche tiene siete cambios* -dije nuevamente en voz alta-

aunque nadie lo percibe en realidad; lo que percibimos es la idea de una frase, ¿el resto?, ni pensarlo, el resto es pura mierda, ¿pinceladas de una realidad misteriosa?, puede que sí, aunque lo que predomina es la mierda y ésta nos devuelve -como ratas- al basural.

-¿Lo comprendes?

-¡No entiendo nada!- respondió con cara de extrañeza.

Más tarde, al descubirme solo, decidí abrir las cortinas de la noche inacabable; intenté pararme, afirmé mis manos en el asiento y me impulsé hacia adelante (mis piernas parecían trozos de hielo que se proyectaban en el piso). Mis ojos, vidriosos y pesados, apenas distinguían la silueta de aquellos personajes que reían. Observé mis zapatos (ese acto me recordó el aroma de mis calcetines), intenté dar unos pasos luchando contra los obstáculos; una silla de paja, una alfombra angosta, los puchos de cigarros y el culo de una muchacha que se meneaba en la oscuridad. Atravesé la corrida de sillas metálicas chocando con pequeños artefactos que adornaban la sala.

Cuando llegué al salón de baile me sentí más aliviado; pedí una coca-cola helada para recuperarme. Al frente mío una pantalla gigante mostraba un video musical de un tipo con rasgos orientales interpretando la canción Clara (al fijarme en el título me fijé que aquella Clara empezaba con K). No hay caso, pensé en voz alta, esta noche estás presente en cada uno de mis actos.

En la nebulosa de mi mente, pensaba en la lucha entre compromiso y deseo. Yo sabía que mi andar había transcurrido por la ruta que me señaló Clara, pero la ruta tenía desvíos no contempla-

dos. De pronto sentí vergüenza de las lágrimas que bañaron mi rostro, pues, como era de esperar, no entendía de dónde cresta llegaban; me negué a aceptarlas como la prolongación agónica de un sentimiento; los hombres no gastamos baba en huevadas, concluí con algo de rabia. Sin embargo decenas de gotas atravesaban la piel hasta llegar al origen de la tristeza: Clara. Clara y la ansiedad por el dato recibido. -Te espero allá. Ya voy en el auto- recuerdo que dijo por el móvil; antes que el caballo cruzara la carretera, antes que sus ojos se perdieran en el espacio, antes que sus labios sucumbieran en un grito sin respuesta.

Y aquella noche, en ese mismo instante, su tragedia de años nunca resuelta; la pequeña hija extraviada en un viaje a la capital. Su gran dolor, coincidía -mis pasos mediante- con la posible solución al enigma: la solución y mis contradicciones en el Madonna's, el Café-Bar más concurrido de Piedra Grande.

Después de todo soy hombre -me dije- por sobre el dolor y mis miedos. Comprendí que era la hora; me levanté de la mesa, miré hacia el mesón; la chica ya no estaba. Su ausencia fue una bofetada en mi rostro. Una doble pérdida que -tomé conciencia- no estaba dispuesto a soportar, más en aquel instante que, por efecto del trago o algún obsceno pensamiento azuzándome, percibía un bulto de fuego presionando mi pantalón.

Me dirigí a los privados con paso firme y resuelto. Al pasar por el área restringida escuché llantos que venían -como manantial de agua fría- desde el otro lado de la puerta. Tomé la fotografía nueva-

mente y la miré con extrañeza. Enseguida entreabrí ligeramente el dosel. Con estupor pude vislumbrar la silueta de la muchacha; estaba en cuclillas, con sus manos y boca jugueteaba sobre el marrueco de un joven que suspiraba. Dudé. Debía encararla, hacer que me escuchara aunque quedara la cagada, me mandase a la cresta por desubicado. Pero la verdad podía ser tan o más dolorosa que la mentira.; aunque esta foto no es mentira, pensé con un gesto rabioso.

APOCALYPSE



...y tengo en mi mano las llaves de la muerte y del infierno
Apocalipsis de San Juan

I

Aquellos árboles enfilados en torno a la plazoleta, la corrida de álamos y la subida al Santo Cristo me traen con fuerza las imágenes de nuestra niñez. Me atrae venir cada cierto tiempo a este rincón del universo, y sentir nuestros pasos que todavía caminan en la escalinata. Sí, Jacinto, amigo mío. Entrañable y querido compañero, son tus pasos los que permanecen vivos en este pasaje.

Pero; ¿por qué tanta nostalgia?, ¿qué camino me conduce a recordarte con tanta insistencia? Claro, debo reconocer que hace más de un par de meses que no nos reunimos. Tú, con tu novia, yo con mis compañeras de siempre, un vaso de cerveza y algún cigarrillo.

Sí, fueron buenos momentos aquellos. Aunque la última vez que nos vimos, te noté nervioso y hasta cierto punto, desaseado y maloliente.

II

No quise preguntar nada. Simplemente estreché su mano y caminamos hacia el Terminal de buses, de ahí nos fuimos a Rincónada. Era día domingo y Jacinto sabía que en el sector de La Hacienda, un señor de apellido Arévalo, experto en traducción de manuscritos antiguos, nos esperaba.

-Mmm... Pero esta tarjeta es producto de una impresión bastante moderna... aunque, claro, las letras que conforman la frase, son bastante extrañas...

-¿Cree que pueda ser traducida?...Yo...

El señor Arévalo sostuvo los lentes con ambas manos. Luego sorbió café de su taza y exclamó en voz baja.

-Es muy difícil. Estamos hablando de una mezcla de símbolos; aquí veo el griego antiguo, el latín, sánscrito, algo de simbología maya. Imagínense ustedes, esta oración está compuesta de distintas lenguas, casi todas muertas, es como asistir a la gran Torre de Babel...

Será una ardua tarea... necesito un par de semanas.

-Disculpe señor, pero...

-Entiéndame joven. Esto requiere de tiempo; traducir, interpretar. De todas maneras buscaré en los archivos que tengo en la universidad en Santiago, tal vez ahí encuentre algo que sirva.

-Está bien, está bien... por el dinero no se preocupe... le pagaremos bien.

¿Le pagaremos? Jacinto se atrevió a incluirme en su aventura

sin entender de qué se trataba, pero era mi amigo, y *las cosas de mis amigos son mías también*, me dijo muchas veces.

III

El retorno a casa fue silencioso. Mientras observaba por la ventanilla del bus esperé una respuesta, pero no hacía más que mirar el celular. Creo que buscaba mensajes o llamadas perdidas. Sin embargo permanecí atento a sus gestos y palabras.

-Manuel, si quieres saber algo lo sabrás, pero antes acompáñame, ahí tendrás la respuesta.

La señorita del local estaba muy ocupada en sus labores, por mi parte estaba apurado en volver a casa. Ya habían transcurrido diez minutos y no encontrábamos la supuesta página web.

-Señorita, disculpe, ¿qué pasa con este computador? Buscamos una dirección y no pasa nada.

-Lo siento jóvenes, por lo que veo esa página está cerrada.

-Pero... ¡No puede ser!... ¿Está segura?

-Ya, cálmate, la señorita no puede hacer nada. Mejor vamos. Se nos hace tarde.

IV

El miércoles 25 de mayo, a eso de las diez de la noche, en el Espacio Vixio, se presentaba por primera vez en nuestro país, el famoso grupo de rock Lucifer Was, traídos desde Noruega, y con

un repertorio envidiable de 20 álbumes grabados, daba la impresión de estar frente a una de las mejores bandas de rock progresivo de los últimos 30 años.

Una serie de conciertos se venían sucediendo desde hace varios meses, y a los dos días después de aquel evento, se presentaría en el mismo lugar, otro gigante del rock progresivo; Apocalypse (concierto al que pude asistir).

Como es de suponer, Jacinto y sus compañeros de universidad habían asistido al concierto aquella noche del 25 de mayo.

-Fue increíble, compadre. ¡Tocan genial!

No quise insistir en el tema, pero aquello me hizo pensar en consumo de cocaína, aunque bien podría ser éxtasis; una mezcla recurrente en este tipo de eventos. Mientras nos introducíamos en el tema, Jacinto me dijo con voz nerviosa:

-No. No es como te lo imaginas. Nada de pastillas, ni licor... sí, es cierto que fumamos algo de hierba después del recital, pero eso fue después, antes nada, te lo aseguro.

Aunque me lo juró un par de veces, vislumbré que no era tan cierto lo que me contaba, y poco a poco fue soltando más detalles.

-Bueno... un par de anfetaminas tomamos con un poco de ron... algo de cerveza, pero nada del otro mundo.

Las noticias habían sido un tanto trágicas con los resultados de aquel concierto; 22 detenidos por microtráfico de marihuana y cocaína, otros 25 individuos por violencia callejera y 18 por ingesta de alcohol. Entonces no era exagerada mi actitud ante las dudas,

pero no hubo caso, y no pude saber la verdad de los hechos.

A partir de esa conversación recordé lo sucedido con los italianos Quasar Lux Symphoniae, en octubre de 1999, en plena presentación de su *Abraham – One Act Rock Opera*, debieron suspender el espectáculo por «actos de extrema violencia entre el público asistente». Así también debí reconocer ante mis amigos, que el recital de los Apocalypse había sido «sencillamente» catastrófico.

Con respecto a Jacinto las cosas no estaban completamente claras. Después del recital, se atrevió a ir a la costa con sus compañeros de curso, allá habían bailado, bebido y probado unas piteadas.

-Al subir a la camioneta pude darme cuenta: en el bolsillo del pantalón tenía una tarjeta verde con letras extrañas. La misma que le mostré al profesor.

Pero, ¿qué significaban esas letras? ¿Por qué tanta urgencia de saber? Claro, algo habían escuchado sus amigos de universidad. Una historia siniestra, donde se mezclaban factores como rock, drogas, fatalidades, muerte. Pero eran solo eso; historias contadas por personajes inventados por otros personajes.

-Es por eso que necesitamos encontrar el portal... allí se cuentan los testimonios e historias que hablan del destino de las personas que tienen la tarjeta...

Me reí a carcajadas de las tonteras que Jacinto decía; ¿un simple cartón con letras en lenguas antiguas?, ¡ja!; ¿Y si se trataba de un bromista, un payaso cibernauta en decadencia?

-Aunque te rías y no lo creas Manuel... es absolutamente cierto.

V

Las historias eran tan absurdas que daba risa escucharlas; en Missouri, Estados Unidos, la banda de rock The Enid, había ofrecido diez conciertos el año 2001, con motivo de sus 30 años de trayectoria. Las presentaciones se hicieron en la más absoluta normalidad, sin embargo algunas fuentes aseguraban que aquel grupo tenía una especie de maldición o algo parecido, ya que al tiempo después de las presentaciones, varias personas habían muerto por diferentes motivos; accidentes, asesinatos, sobredosis, suicidios... y todas coincidían en dos cosas; habían asistido a alguno de los conciertos de The Enid y al momento de revisar sus cuerpos, tenían entre sus pertenencias la famosa tarjeta verde, con las mismas características de la que tenía Jacinto.

Algo muy similar había ocurrido con otra banda de rock sinfónico, los alemanes Szykshartz. En el invierno de 1971 hubo un incendio en plena presentación del grupo, falleciendo tres personas en el acto, las cuales portaban el famoso documento con inscripciones en lenguas antiguas.

Pero lo que más risa me causó, fue la noticia donde aseguraban que, quienes no lograban traducir la tarjeta en un plazo de 66 días, les esperaba un destino muy trágico, o peor aún, fallecerían en forma inmediata.

-Por favor, amigo. No te burles de lo que no sabes...

Y me despedí con un fuerte abrazo, aún sin comprender de qué se trataba todo aquello.

En los medios de comunicación -principalmente en la televisión e Internet- se habla de grupos de rock satánicos que irrumpen en la escena con cánticos que son verdaderos cultos a Satán; Black Sabbath, AC/DC, Iron Maiden (con su *2 minutos para la media noche*, y aún me parece ver a Eddie persiguiendo alguna nueva víctima por los escenarios del público metalero). Pero no es más que eso, un show, con todas las características que ello implica; sacrificios de animales, gritos estridentes, sangre, fuego... Aunque, como es de esperar, muchas de sus creaciones están inspiradas en la Biblia Negra, por lo mismo, no es extraño que se cuenten historias catastróficas relacionadas con ese tipo de bandas.

Ahora Bien, recuerdo haber leído en la página web rockstar.com, que, grupos como The Enid, Apocalypse, Quasar Lux Symphoniae o los estadounidenses Exodus (entre muchos más), son conjuntos inspirados en la Biblia, ya sea por el Antiguo o Nuevo Testamento (¿lo que significaría una especie de rock religioso?). Pero, como aseguró el señor Arévalo hace diez días atrás, «todo tiene dos caras; la luminosa y la oscura».

Tal vez tengan razón las noticias que corren por ahí; aquellas bandas inspiradas en la Biblia también tienen su mensaje sin luz. Una confrontación eterna entre lo negro y lo blanco, el día y la noche, el bien y el mal, el cielo y el infierno; el Yin y Yang en todas las manifestaciones del universo, y porqué no decirlo; de Dios tam-

bién. Por lo mismo pienso en los miles y miles de matices multicolores que nos rodean, dentro de los cuales, lo negro y lo blanco luchan diariamente por conquistar, pero bien se sabe que somos nosotros, los hombres, los encargados de pintar del color que más se ajuste nuestra existencia; un «libre albedrío» en las avenidas del territorio sin final.

Y quizás tuviera razón el señor Arévalo cuando me aseveró que definitivamente era imposible traducir la tarjeta.

-Por la serie de símbolos que representa, hay uno que podríamos interpretarlo como el Armagedón, lugar según el Apocalipsis, es el campo de batalla donde ocurrirá la lucha final entre el bien y el mal... pero esta interpretación es una, entre cientos que podríamos encontrar.

VI

Ayer se cumplieron dos meses desde la última vez que te acompañé al sector de Hacienda en Rinconada. Es difícil convencerse que esta historia sea cierta, pero quizás tenías razón, amigo mío. Y aunque en esta despedida hay cientos de personas que te admiraban y quisieron como a un verdadero hermano. Por mi parte siento el amor más sincero a tu persona. Es cierto, estás en ese nicho de silencio, con tu cuerpo tibio, maloliente, pero descansando sin dudas.

A propósito de aquella tarjeta. Se me olvidó contarte, o más bien quise olvidar mi situación mientras te acompañé en tu

travesía; cuando asistí al recital del grupo Apocalypse, no sé por que, pero alguien se acercó y me entregó una tarjetita verde que a los días después arrojé a las aguas del río Mapocho. Pasado mañana se cumplen 66 días de aquel acontecimiento; pero tal vez sea demasiado tarde. Tal vez nos «re encontremos» y tu me ayudes a solucionar este problema.

1988



A Myriam Henríquez

Flash de cámaras iluminan cada uno de los rostros (impidiéndoles ver lo que sucede). Tras ellos, una pantalla gigante muestra los brazos de un hombre rubio, tal vez un poco triste y ágil como danza de gitano.

Llueve y llueve; aún así ordenan que el recital no termine. Son miles de gotas atravesadas por rayos de luz. En el frenesí un grupo de asistentes ocupa un pequeño claro de la pista, giran en círculos mientras el semblante del vocalista emerge en la pantalla gigante. Otra vez los flashes y cientos de brazos se mueven al compás de una misma canción.

Una muchacha de provincia -ansiosa por la tardanza- sostiene con sus manos los auriculares de su equipo de música (alguien la observa a través del espejo retrovisor). Ella sigue el ritmo danzante que ya divisa desde la carretera (con sus haces de luces multicolores como espadas abriendo la coraza de un cielo denso y brumoso).

Un hombre (¿escritor?) sufre ante la pantalla del ordenador;

de los parlantes, como un espejo de lo que se vive kilómetros más allá, irrumpe *The Rhythm or the Rhythm*.

En el noticiario del día siguiente, el locutor me golpea el corazón con la verdad: «Consternación. Joven fallece en pleno recital de grupo Shuawerthshartz. Muere aplastada por público histérico». Ante el dolor prefiero recordar al compás del sonido de fondo; un paisaje que nos abre los ventanales de un sueño color anaranjado; un sueño dictado por la vertiginosidad de una escritura en media noche (¿lo sueñas o lo recuerdas empapado en la lluvia de mayo en una plaza vacía en el horizonte de 1988? ¿Llorabas con los videos de Marilyn Manson? ¿Aún escuchas *Grace To Grace* o *Moving To Bohemia* de Rush?). Y me quedo en silencio, pues prefiero el ritmo del otoño; esas hojas que caen sobre el vientre empapado de la tierra, un millón de imágenes en el segundo cocainómano y mis manos que tiritan en el teclado (haciendo que la pantalla se pueble de palabras confusas).

En una fracción de segundo despejo el pensamiento de la pesadilla; tomo el control remoto, busco la música-noticia-ventanilla, que de alguna manera, me retorna.

Primeramente ubiquemos la situación; la víctima era menor de edad, sus padres, Emilia y Javier, en estado de shock son atendidos en los pasillos de una clínica.

Humedad en todas partes. Guitarras in vivo. Exceso de música pop. Exceso de velocidad. Estudiantes chocan a las cinco de la madrugada. Emilia llora, su vientre llora un sueño vacío. Un joven

saca fotografías en un recital.

Llueve, intensamente llueve, dan ganas de bailar en plena calle desierta.

Amanda muere aplastada en una corrida fatal en pleno concierto. Sus padres sufren crisis emocional, son internados en la clínica.

Tiempo después, Manuel -el único testigo- los visita una tarde de domingo: «No los voy a abandonar. Sé que me necesitan». Javier se toma la cabeza, maldice las veleidades del destino, llama a Amanda, grita. (Un grito que intenta expulsar los fantasmas que sacuden su cabeza). Por su parte, Emilia baila en un camarote de sábanas celestes envuelta en un paisaje con árboles cósmicos cuyas hojas son puntos multicolores que transmiten noticias de primavera: «Niñas mueren aplastadas», «fotografías revelan parte de la tragedia».

Repaso lo sucedido aquella noche funesta: cientos de brazos en círculos. Amanda lagrimea por el humo colándose en sus neuronas (está feliz, pensó que no entraría al recinto). Manuel la ve en el tumulto, se acerca y presiona el obturador, ella le regala una sonrisa. Antecediéndolos cuatro muchachotes tararean canciones de Shuawerthshartz (como un acto color naranja). El estadio está atochado de estudiantes y adultos que llevan auriculares en sus oídos. En la pantalla gigante un viejo solitario -tal vez un poco triste y ágil como danza de gitano- lee poemas de 1548. Dos adolescentes fuman por primera vez marihuana. De improviso, los gritos de algarabía mutan en espanto, la chica desaparece mientras una ava-

lancha humana me arrastra hacia la calle.

La noticia permanece por meses en la web («Cuerpo reventado de una adolescente en recital»). Sus padres ahora son dados de alta y recorren las calles de Piedra Grande tras justicia divina. Manuel los conduce en un furgón celeste a las afueras de la ciudad; les muestra la grandeza de los cerros, la humedad de las hojas. Ya en el cementerio llora desconsoladamente frente a una fotografía, pide perdón por no haber reaccionado a tiempo. Emilia y Javier depositan flores en la tumba de la muchacha.

Un hombre a punto de enloquecer escribe fragmentos a medianoche (el desdoblamiento es el castigo de la droga, piensa). A diez kilómetros de allí llueve, dejo de escribir, soy el fragmento inconcluso de una historia que avanza en un bus en medio de la oscuridad. (Alguien me observa por el espejo retrovisor y enumera):

- Guitarras en vivo.
- Exceso de escritura.
- Exceso de velocidad.
- Pesadillas anaranjadas en la cabeza.
- Niña muere aplastada.

El recital concluye. Lágrimas de despedida, los aplausos les dan vitalidad para mil años más. «Gracias» -dice el vocalista-. «Gracias público hermoso».

Antes de la reverencia, un bombardeo de flash les impide ver lo que sucede.

MELODÍAS DE LA CONFUSIÓN



A Alejandro Vergara M.

Todo comenzó por ese ritmo de guitarra mezclado con una percusión que me atrevería a definir como siniestra; Guitarr Saxon era una de las mejores bandas de rock alternativo. Alejandro Vergara, mi compañero de curso, me había obsequiado uno de sus primeros discos en vivo (a mi gusto, el más experimental de todos).

Pero debieron transcurrir más de dos años para que me atreviera a escucharlos. Razones hubo muchas; exceso de compromisos, falta de motivación e incluso -debo reconocerlo- un rechazo a priori de aquella música desconocida.

Sin embargo en una ocasión -Fernanda y, sobre todo Miguel- cuando nos encontrábamos en el interior de su vehículo, me indujeron a escuchar a los Guitarr Saxon. Los parlantes vibraron con la guitarra y voz de Mark Pérez, luego vino el sonido envolvente de dos sintetizadores, lo que produjo un ambiente cósmico; una atmósfera que nos apartó de lo cotidiano. Afuera llovía y por acuerdo mutuo decidimos detenernos para disfrutar el espectáculo único e

irrepetible. En aquel instante el tiempo permaneció suspendido, como un equilibrista, en un hilo mágico que contenía en su tensión toda la adrenalina del universo. Esto por lo menos para mí, pues no estoy seguro que mis amigos percibieran lo mismo. Pero no me atreví a preguntarles; preferí mirar y escuchar, observar las gotas que al estrellarse contra el parabrisas -como ángeles suicidas- formaban misteriosas figuras, que luego adquirirían características humanas, a la manera de las ilustraciones de *La Máscara de la Muerte Roja* o como las de *Hop-Frog* tal vez, de tal modo que en cierto momento me pareció ver a Tripetta danzando envuelta en un traje blanco, casi transparente. La risa y las lágrimas no se hicieron esperar, pues para mí, en ese segundo prodigioso confluían música, naturaleza, espíritu, guiados por la batuta de quizá que apasionado hechicero. Eso en los momentos sublimes, porque -paradójicamente- en otros percibí todo lo contrario; es decir una especie de confusión, una arquitectura de bloques derrumbándose en la pesadilla musical. En fin, una situación que definiría como extraña (de la cual hablaré más adelante).

A pesar de esos detalles, poco a poco me fui convirtiendo en un admirador de aquella agrupación, y aunque los escuchaba a lo lejos, estaban siempre presentes en mi diario vivir, de tal modo que, cuando en el internado nos enviaban a realizar labores a terreno, invocaba en mi cerebro (como un ardid de evasión de la tediosa tarea) el sonido de Guitarr Saxon, y aparecía ante mí, la inolvidable noche de lluvia en el vehículo de Miguel.

Dicho método lo había aprendido de las lecturas en la revista

Rock & Fire, la cual nos acercaba al universo musical de lo desconocido; bandas heavy metal mezcladas con rock sinfónico, o grupos de rock progresivo experimentando con el sonido de un barco de vapor, un tren o el ladrido de un perro. También aparecían en la revista solistas que grababan el eco de algún volcán en erupción, entremezclado con el sonido de las olas o de cascadas de un río, una simbiosis que le otorgaba un espíritu sin igual a sus creaciones. En fin, un sinnúmero de alternativas para experimentar y disfrutar una forma de vida cuyo núcleo era la musicalidad en todas sus posibilidades. Pero luego de dos años de circulación *Rock & Fire* desapareció misteriosamente de los kioscos y tiendas del país. Nadie supo con exactitud qué sucedió con ella; algunos hablaron de una confabulación satánica entre los editores y parte del equipo de periodistas; otros de un posible rapto, o derechamente, de la muerte de su dueño, el acaudalado Robert Bonnett. Fuera lo que fuera, por lo menos ante mis amigos me jactaba de poseer 13 ejemplares (número bastante apreciable).

Creo haber expresado que en algunas ocasiones lo sublime trastocaba en sensaciones extrañas, confusas, desagradables. Debe haber sido en la fiesta de cumpleaños del guatón Manuel cuando experimenté una de ellas. Tal vez fue el exceso de aguardiente, las anfetaminas que mezclamos con ron o, lo más seguro, el cansancio acumulado tras una semana laboral agotadora; pero una sensación que taladraba mis oídos se tornó al poco rato inquietante. Y es que el ritmo de *Metallic Sound* quedó activado en mi pensamiento casi

toda la noche. Al principio era agradable volver a «viajar» entre registros de voces soprano, sintetizadores cósmicos y percusión electrónica. Era grato el círculo entablado entre mi pasado-presente, ese reencuentro con imágenes congeladas que de pronto adquirirían vida y movimiento. Pero lentamente aquello se tornó angustioso; un hormigueo en el estómago, con una profusa sudoración de mis extremidades que me impedía bailar, tomar a una de las tantas chicas de la mano. Miré alrededor, me fijé que los invitados estaban abrazados: ¿Qué escuchaban? ¿Por qué se acariciaban y reían sin parar? Me hallaba imposibilitado de comunicarme con ellos, pues el endiablado ritmo -para evitarlo circulé por los dormitorios, el baño, cocina, comedor- invadía cada uno de esos rincones. Así, en un acto desesperado por liberarme salí corriendo al antejardín, bajé las escaleras y llegué a la calle. Tomé un taxi a casa y entré rápidamente al baño, pero el maldito sonido de aquella canción, la voz de Mark Pérez me había acompañado en cada momento del viaje y ahora continuaba con su tono pesadillesco. La única solución era dormir, descansar hasta olvidar el incidente, ¡pero cómo!, si esa desdichada guitarra sonaba como llanto de niña violada o mujer pariendo ante los ojos del esposo asesino. Grité. Corrí hasta alcanzar el sitio trasero de la casa y huí por entre la maleza del maíz. Traté de esconderme entre los surcos, pero era imposible: el eco se ramificaba.

Otra situación que recuerdo es la que ocurrió en uno de mis viajes a la playa. Recibí una invitación de uno de mis ex compañe-

ros de curso a un pequeño balneario ubicado en la región central de nuestro país. En un comienzo todo marchó tranquilo; un par de cervezas, algo de ron y un poco de marihuana (la cual no acepté; me sudaban las manos al sentir su olor). Luego llegaron varios de sus amigos por distintas circunstancias. Entonces decidimos caminar, y, un poco más allá, uno de ellos, de apellido Ugalde -que decía venir del sur y que llevaba consigo una guitarra- propuso armáramos un canturreo. De esa manera nos detuvimos, hicimos una fogata y entonamos canciones en inglés: *When the Children Cry* (O bien fue *Patience*, de Guns N`Roses). Casi de inmediato acudió a mi mente los días en el internado, recuerdos atizados por el ritmo de una guitarra triste en medio de un rumor de olas, un instrumento desnudo frente al calor de las lenguas amarillentas del fuego. En ese momento decidí alejarme del grupo, necesitaba orinar y escarbar los laberintos de la enigmática canción. ¿Pero porqué, paralelo a ese recuerdo, como un pensamiento oculto insistía en aparecer el sonido *Black Conservation*? ¿Cómo escapar del ruido mental que poco a poco iba apagando la musicalidad anterior?

Paciencia, me dije en voz baja, esto va a pasar, y aunque al principio era un murmullo apenas perceptible, poco a poco el sonido se tornaba potente entrecruzándose con las ideas y el monólogo del subconsciente (dos conductos de pensamientos que poco a poco se multiplicaban). Ahí me di cuenta que la otra música se apoderaba de cada uno de mis movimientos. Entonces caminé rápido otra vez hacia la fogata; ahí estaba el origen de la ingrata situación, el lugar donde esperaba recobrar mi estado de normalidad.

Al unirme al grupo, noté miradas cómplices y gestos burlescos, ¿acaso adivinaban lo que me sucedía o sería que también estaban sometidos al ritmo de *Black Conservation*? Entendí que ellos eran tan despreciables como la música que nos ahogaba frente a las olas infinitas. Comprendí que estábamos todos sometidos a las órdenes de la monstruosa voz de Mark Pérez; *...black conservation, come in... black conservation...* (Me desesperó pensar en el proceso fordiano de Huxley, es decir; ¿y si éramos Epsilones o Gammaes condicionados para recibir órdenes bajo el efecto de aquella música?, ¿cómo huir de la trampa maldita?).

-Toma... es ron- escuché a mi costado, y sonreí nerviosamente. Necesitaba demostrarles que me encontraba bien. A pesar de que escuchaban lo que estaba pensando, a pesar de que estaban inmiscuidos en cada uno de mis movimientos. Y me espiaban, registraban mis pertenencias (una mochila, dos libros de Faulkner), hacían comentarios a mis espaldas y se reían de mi pobre condición. Aún así acepte el licor. Me senté y decidí probar además una bocanada de marihuana.

-Gracias...

Pero de pronto me levanté bruscamente. Alcé las manos. Corrí hacia las olas y pude ver la luz anaranjada que venía como fuego desde el fondo del mar *...black conservation, come in... black conservation...* un grito ronco irrumpió de mi garganta y vomité; un río de lava ardiente y fétida. Di media vuelta; a mis espaldas crecía una sombra siniestra, distinguí unos dientes enormes y amarillentos; la risa burlona de Ugalde.

Han transcurrido cinco años desde aquella experiencia y no he vuelto a saber nada de ellos; la verdad, no me interesa. He optado por cerrar definitivamente ese capítulo (volver a verlos sería abrir heridas inexplicables). Además, me he sentido bastante bien. Y si es que me he visto inmerso en alguna situación extraña, ha sido por la torpeza de transitar en ciertas calles que no debiera. Por ejemplo, caminar por calle Errázuriz -especialmente en la plazoleta frente al Banco Nacional- es una amenaza a mi espíritu siempre vigilante, desde aquella vez que me senté con un grupo de amigos a conversar y beber alcohol. Entonces vi en el cielo agitarse las ramas de unos sauces (parecía una danza de varios árboles, como *Los Sauces de Blackwood*, los cuales amenazaban con caer sobre nuestros cuerpos frágiles e insignificantes). Además aquella música... ¡Oh, esa música!, que, como un círculo envolvía uno a uno nuestros movimientos; *Heaven Earth*, con un coro de letras oscuras, voces metálicas tras las cortinas de un palacio en ruinas. ¡Sí! Una sombra espantosa atravesaba la plazoleta, tras ella, una ráfaga de viento y de hojas otoñales invadía la entrada al lugar. Me levanté asustado del asiento, grité un par de garabatos a mis acompañantes que se mofaban y huí hasta llegar- extenuado como un conejo en cacería- a la vereda frente de mi casa. Pero aquel sonido metálico continuó manifestándose en cada uno de los objetos del comedor; ollas, platos, fuentes de cristal, las cuales al tomarlas, emitían el canto diabólico *heaven earth, heaven earth*. Desesperado, me encerré en la biblioteca de mi padre y desordenadamente tomé algunos libros al azar, intenté leer algunos pasajes de *Las Piedras Hambrientas*, pero no entendí

nada. Además -y esto debo confesarlo por el temor que me causó- aquel texto me pareció interminable, con hojas infinitas y números de páginas desordenadas (¿como *El Libro de Arena?*, no sé). A pesar de todo, debo al libro el hecho de haberme distraído de la invasión musical, que cual pesadilla de otro mundo, invadía todos los rincones, hasta mi propia materia, dejándome sin respiro a cada instante.

Debo agregar a lo anteriormente narrado que tampoco puedo transitar por sitios donde abundan callejones oscuros, puentes o escaleras, por que en esos lugares permanece latente el sonido funesto; el llanto de un niño abandonado, aullidos como si se tratara de los espectros de Auschwitz huyendo del galope de la muerte. En fin, reconozco que un enjambre de miedos me paralizaba a menudo a partir de esas extrañas y patéticas situaciones que se tornaron recurrentes y que acabaron de súbito después de, lo puedo asegurar, un último y misterioso suceso.

Una noche cualquiera vi la sombra nuevamente. Atravesé hacia la plazuela, donde percibí un intenso aroma a marihuana. Me embargó un miedo intenso, (¿pero por qué miedo?; no sabría decirlo en realidad). Sin embargo el asunto era que alguien permanecía oculto tras las ramas de un árbol, y en un equipo de radio escuchaba a todo volumen la voz y guitarra de Mark Pérez (esta vez Guitarr Saxon sonaba en vivo, la canción tenía letras sumerias y alababa los rituales mágico-sexuales de los seguidores de Satán).

-¿...Quién está ahí...?

En ese momento me sometí por completo al sonido musical.

No sabría explicar por qué, pero aparecieron ante mí las olas arremolinadas de aquel verano; la fogata extendida en la noche embriagada, el coro de voces en éxtasis, Epsilones, Gammas, el vómito. Y mientras percibía el abrazo del viento, solté de pronto un escupitajo.

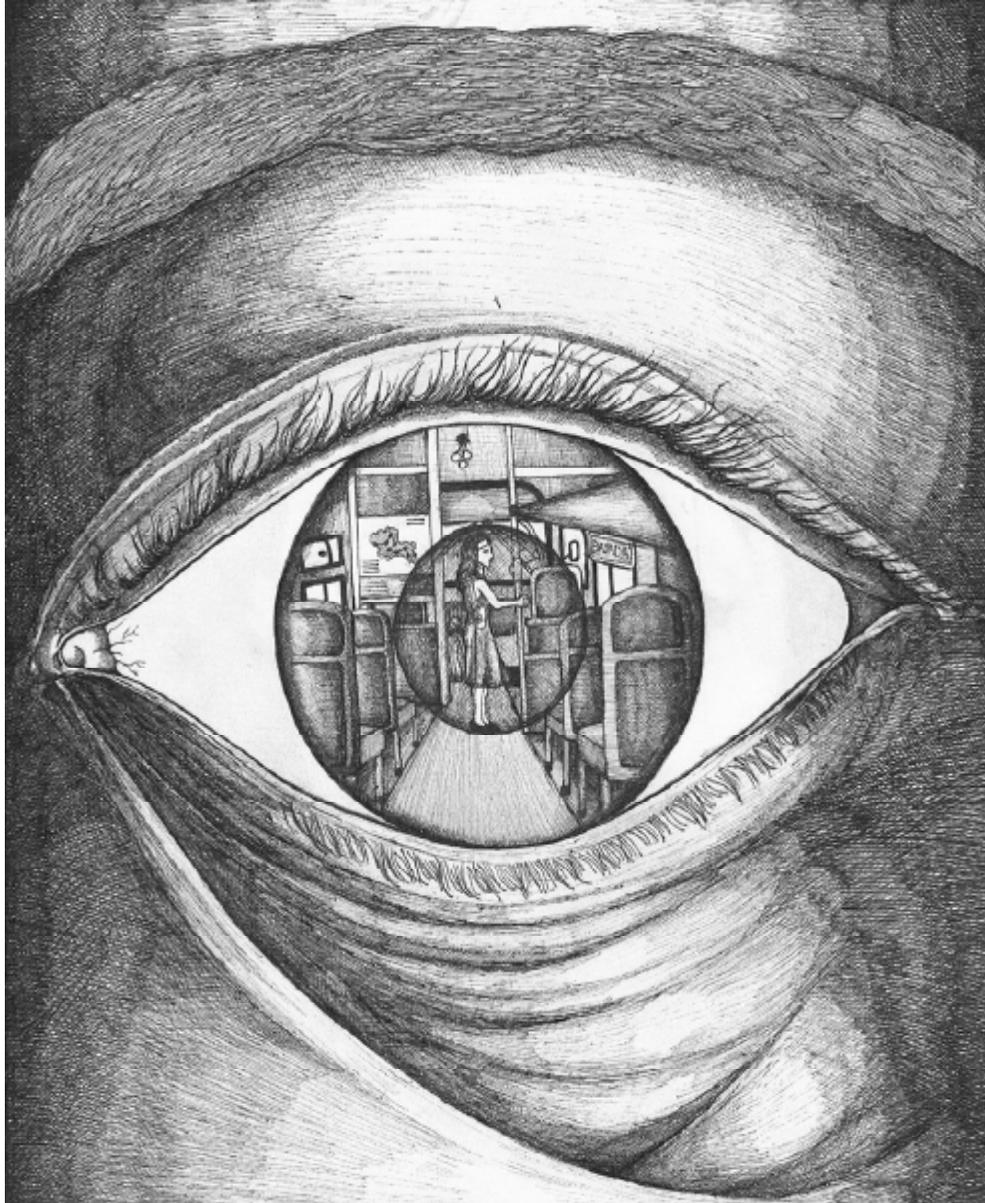
-¿Ugalde... eres tú?

Pude ver unos ojos que brillaban al otro lado del árbol (evoqué sin querer los surcos infinitos del maíz). Recordé a mis compañeros de internado, quiero decir, la mirada de ellos cuándo veíamos *Cuentos de la Cripta* en el comedor; una corriente de aire frío que recorría las espaldas, una especie de calambre, el murmullo de asombro ante las manos del asesino.

-¿Ugalde...?

No hubo respuesta. Sin embargo pude ver que algo se movía. Me detuve un par de minutos al lado de la radio, cogí la botella de ron que estaba en el césped y bebí un sorbo. En seguida rodeé el inmenso tronco del árbol y ahí, de sopetón, encontré al desgraciado colgando de una gruesa rama; la soga cimbreaba, su boca abierta -que mostraba sus dientes enormes y amarillentos- balbuceó un débil sonido que asimilé a su risa maldita rebotando como un eco en la noche sin estrellas. En un gesto de humanidad pensé en ayudarlo, estaba a tiempo, pero el acoso de la melodía infernal hizo que me detuviera. Tomé nuevamente la botella y bebí. Le dediqué un último brindis, antes de retomar mi camino, ahora que la música lentamente desvanecía.

BOYS DON'T CRY



Canta como si no pasara nada
Alejandra Pizarnik

De pronto, las ventanillas del bus quedaron empañadas.

Hacía frío y lo notábamos; una corrida de pimientos se balanceaba al compás del viento y un hombre en bicicleta parecía huir del fantasma del invierno. Algunos metros más allá, en el patio de una casa, una fogata extendía los últimos abrazos de llamas azuladas.

El roce de unos dedos sobre el cristal me permitía mirar; un Aleph, donde todos los puntos entre Putaendo y San Felipe convergían, micro imágenes repartidas a la redonda y nosotros ahí, el epicentro del universo en nuestro propio universo. Entonces se escuchó *Everyday is Like Sunday* apoderándose de todos los espacios y en ese instante la vi. Su mirada de ángel carcomiendo uno a uno mis huesos, pulso a pulso envuelto en invierno-música-seducción. Estábamos lejanos; ella, en un pequeño asiento al lado del chofer. Yo, mirándola a través del espejo retrovisor y la voz de Morrissey endulzando el momento.

En ese instante el bus se detuvo violentamente. Miré por la

ventana; la carretera era un enjambre de vehículos en espera. Al centro de ésta, a unos ciento cincuenta metros de donde nos encontrábamos divisé un furgón rojo semi destrozado; a la misma distancia, volcada sobre un pequeño barranco, se hallaba una camioneta Ford celeste, con sus vidrios hecho añicos y la cabina totalmente aplastada. A su costado, una lona amarilla cubría el cuerpo del infortunado conductor.

Una multitud de curiosos había llegado al sitio del accidente, dificultando la labor de la policía y los equipos de rescate. Pero ella y yo continuamos el trance musical; y *Boys Don't Cry* se convirtió en el lamento de un Robert Smith sin maquillaje. Una guitarra que vislumbramos en blanco y negro bajo el cielo brumoso de Londres; muchachitos punk en chaquetones oscuros huyendo de la tristeza, una gris escena cómo la que ahora veíamos borrosamente bajo la lluvia en Putaendo.

Y aquello fue una invitación; presentimientos, dudas, entremezclados a los latidos de un furioso corazón. La respiración entrecortada, manos congeladas, los labios mordidos en las ansias de hablar.

Mientras el teclado de *Boys Don't Cry* bailaba con la lluvia, el chofer dio media vuelta de su asiento y habló: Les pido paciencia... en diez minutos continuamos el viaje. Sin embargo sabíamos que esas palabras no se condecían con la realidad, por lo mismo me arrellané en el asiento y cerré los ojos. En esa frágil oscuridad ella y el pausado ritmo de una guitarra aceleraban el ritmo de mis pensamientos.

¿Quién era... acaso nos conocíamos y ahora no la recordaba? Claro, en mi calidad de dirigente del Centro de Alumnos había conocido muchos amigos; estudiantes, camaradas, compañeras que a veces hacían el papel de hermosas secretarias y confidentes...

Cuando abrí los párpados y miré hacia el espejo retrovisor, la enigmática muchacha había desaparecido.

Por el vidrio de la puerta la divisé por última vez; corría desesperada con las manos alzadas al cielo. Un señor la detuvo. Se cubrió el rostro y su cuerpo desfalleció a un costado de la camioneta celeste.

AMIGOS



A Ricardo Reyes Meza

-A mi amigo el músico le gustaba peinarse a lo new wave; usaba bototos y jeans rajados en las rodillas. Siempre llevaba consigo una radio a pilas y solía invitarnos a la plazoleta. En otras ocasiones íbamos al río, llevábamos garrafas de vino tinto y cigarrillos mentolados. Hablábamos de la tristeza invernal, de la inmensidad de los montes de Piedra Grande, de las sombras que danzan sobre los techos de nuestras casas arruinadas. Mirábamos las nubes, las estrellas, saludábamos a cada persona que se aproximaba a la fogata (aún sin reconocer su rostro). Pero las más de las veces nos dirigíamos a los cerros, sobre todo en invierno, cuando la nieve parecía una masa fresca a punto de derretirse frente a nuestras narices.

Los años transcurrieron siempre con la misma rutina. Crecimos. Así, de la noche a la mañana cada cual siguió su rumbo, un camino diseñado a su medida (como los amigos de Faulkner, diseminados en las tierras de un Oxford lejano, triste, amarillo). Durante cuatro años la vida fue un caleidoscopio en el que cada uno representó

una imagen diferente. Pero descubrimos que el tiempo es un arquitecto perfecto pues se encargó de unificar nuestros senderos otoñales. Coincidió nuestro reencuentro con los primeros amores, incursionamos como exploradores novatos en los misterios femeninos. Yo había conocido a una joven que llegué a querer mucho. María Inés. Estudiante universitaria, según me dijo. Mis mejillas se sonrojaron cuando me presenté y le dije mi ocupación: operador en una pastelería.

-¿Ayudante de maestro?- preguntó.

-Eso mismo- le respondí.

Enseguida habló algo relacionado con los chocolates y las cerezas. ¡Ya! Ya me acordé. Se explayó sobre el brillo de las cerezas, la textura de las masas neutras, la belleza de la crema desirée. Entusiasmado le respondí que sí, que tenía toda la razón del mundo, la vida es dulce, sobre todo para quienes manipulamos el azúcar día a día.

Pero volviendo a mi amigo, el Matías (por costumbre, siempre anteponíamos un *el* a nuestros nombres) se había convertido en artista multifacético; tocaba la guitarra a una velocidad extraordinaria, con el pincel formaba figuras asimilables a diferentes escuelas (cuadros surrealistas, según él, mezclándolos con las *pinturas negras*), lo cual nos enorgullecía de verdad.

Por supuesto él también tenía polola; María de los Ángeles recuerdo que se llamaba, aunque otros le decían Pepa o Perla o algo parecido. De a poco fuimos afianzando lazos (una amistad sincera y fraterna) dejando de lado a los otros del grupo. En su casa (la

misma en donde funcionaría el Taller Pincel Revolucionario, ubicada en calle Sarmiento N° 23), nos juntábamos finalmente sólo cuatro personas; él, yo, y nuestros dos amores-.

Es el padre quien habla de su amigo el músico. Hace un tiempo atrás lo había mencionado por primera vez, cuando recordó la música que escuchaban en esa época; Kiss, Accept, Quiet Riot, Judast Priest, Twisted Sister (¿y su canción *The Price?*).

-Una música fácil -dijo el hijo- la radiografía comercial de cerebros y corazones vacíos.

En la ocasión se puso a reír, luego se levantó del asiento y se encerró en el dormitorio por varios minutos. Al rato, al abrir la puerta irrumpió con los ojos llorosos, las mejillas coloradas y las manos temblorosas. Ni su esposa ni su hijo se percataron de la situación, pues habían salido al patio a ver la lavadora o algo relacionado con una ropa sucia.

Pero Juan Carlos vuelve a mencionar a Matías en la celebración de su cumpleaños. En ella uno de los invitados rememora una fiesta de finales de los años 80's; la cuenta como si fuera hoy. Todo transcurre -dice- en una discoteque en el centro del pueblo; llega mucha gente, mujeres jóvenes y hombres de rostro melancólico, alguien baila en el centro de la pista, unas luces giran y forman figuras (estrellas, medias lunas, soles)...

En un momento Juan Carlos interrumpe el relato, se pone serio, limpia los labios con una servilleta, golpea la mesa diciendo que a él la música pop y esas fiestas jamás le habían interesado.

-Yo era metalero- afirma tajante.

Otro de los invitados, Armando, lanza una carcajada; sugiere que el próximo cumpleaños podría ser temático: estilo heavy metal; ropa negra, polera estampada, pelo largo. Todos ríen, menos el hijo y sus padres: algo -una estrella fugaz, una mano diabólica- los empuja al vacío en el que es imposible reconocerse. Ninguno de los presentes comprende el silencio de los dueños de casa (una nube muda atorada en la garganta de un viento disgregador). Una de las mujeres se queja de frío -podríamos bailar- dice. Pero la voz de Juan Carlos se alza grave entre la de los demás:

-¿Alguien sabe de su paradero?

-¿El paradero de quién?

-El de Matías Piña...

Todos quedan en silencio. Nadie sabe de él. Se esfumó como una nota musical del pentagrama, dejando un vacío que recorre como un fantasma los pensamientos de los amigos en Piedra Grande.

-Búscalo en Google- dice el amigo de la fiesta temática. Y la risa vuelve con estruendo a la boca de todos, abofeteando el silente repliegue del hijo, su madre y su padre.

Al día siguiente se levantan temprano. El hijo debe asistir a la universidad; vivir el tedio de escuchar a un profesor que diserta sobre el equilibrio de ciertas fórmulas que sostienen el universo, o el monólogo de una compañera que habla del grupo Tool (y la espiral Fibonacci como creación infinita; lo que permitiría el equilibrio cósmico). Otros compañeros hablan de dormir todo el día, abrir los ojos durante la noche; deambular como fantasmas por las calles de

la ciudad desierta.

Esa noche la cena es liviana; sopa de sobre (champiñones), pan integral y té verde; el padre menciona la fiesta de la noche anterior, las copas de cabernet sauvignon, la carne de pavo, los huesos que el perro saboreaba mientras todos reían. En realidad, la conversación es un monólogo, el padre es el único que habla y ríe, responde a sus propias dudas, eleva la voz y canta canciones en inglés que hablan de un amor sobre una escalera mecánica y dos mujeres a punto de enloquecer. Luego de unos minutos, Juan Carlos invita a su hijo a fumar, saca un cigarrillo de la cigarrera plateada que recibió como regalo de cumpleaños, lo enciende y aspira, luego de un par de segundos exhala una prolongada bocanada, enseguida le pasa el cigarro al hijo, quien repite la acción.

-Ese Matías Piña... ¿fue un amigo importante?

El padre carraspea antes de responder, apaga el cigarrillo, dice que sí, que fue su mejor amigo -un verdadero hermano- dice con voz ronca. Entonces enciende otro cigarro y le explica que hay situaciones en la vida difíciles de entender; hechos sin sentido que enturbian la convivencia de los verdaderos amigos haciéndola mutar en un laberinto caprichoso.

-Tal vez ése sea el caso de Matías y yo...

Por supuesto el hijo no entiende nada, trata de inquirir detalles, pero sabe (muy dentro de él) que es difícil. Sin embargo se atreve y pregunta:

-¿Qué pasó entonces?

-No tengo ni la más puta idea que pasó.

-A lo mejor no estás de ánimo...

-Es extraño ¿sabes?; es como si se lo hubiese tragado la tierra.

La última imagen que tengo de él es una sombra creciendo en una puerta; una especie de fantasma rabioso, que grita improperios a mi persona. Es todo lo que te puedo decir.

La primavera arremolinaba pétalos caídos de otra galaxia; pétalos azules, rosados, amarillos; multicolores alfombras que el viento se encargaba de dispersar. Último viernes de noviembre de 1989; la ceremonia de despedida. Alguien, ¿un maestro?, había preparado un discurso para la ocasión; habló del compromiso con la institución, la vocación, el futuro brillante, la punta del iceberg de la juventud, el éxito al ritmo de los aplausos y sus compensaciones económicas. Juan Carlos intentó decir algo, quiso -pero su corazón temblaba demasiado- hablar del valor del tiempo, de las estrellas multicolores que caían sobre sus cabezas de jóvenes bien educados. En realidad Juan Carlos quería conquistar el mundo con esas palabras, pero algo (una inquietud que le carcomía como corriente de agua fría) impedía que las ideas permanecieran en su cabeza. Fue así como esperó pacientemente, se cruzó de piernas, juntó las manos (percibió la humedad en sus dedos) y aguardó el momento para salir adelante, dar abrazos, apretones de manos, agradecer el sacrificio de sus padres, valorar los días transcurridos en esas aulas imponentes. La ceremonia transcurrió veloz; discursos, aplausos, fotografías, lágrimas, abrazos. La madre -notoriamente emocionada- habló del orgullo que sentía por su hijo.

Las dos horas que duró la fiesta, Juan Carlos hizo, entre otras cosas, lo siguiente:

1. Abrazó a treinta personas; veintidós compañeros de curso, el resto los repartió entre algunos apoderados y un par de profesores.

2. Habló brevemente; agradeció a Dios, a sus padres y profesores.

3. Bebió seis copas de champagne.

4. Fumó cigarrillos de tres marcas diferentes (en el baño, sin que se diera cuenta su madre).

5. Alucinó con canciones de Peter Murphy (una voz ronca, como el aullido de un lobo en la carretera desierta).

6. Bailó con dos amigas; una pintora y otra, estudiante de filosofía.

7. Se sacó fotografías en distintos lugares; sala de clases, patio principal, piscina, salón comedor.

8. Consultó a todo el mundo por Matías Piña Barra, alias el *músico de las galaxias*.

9. Se despidió, con tristeza y resignación, de todos los presentes.

Al día siguiente de la ceremonia salió temprano de la casa de sus padres. Mientras caminaba y el sol le arrebatava el espacio a las sombras, Juan Carlos Arévalo pensaba en la ausencia de su amigo; ¿acaso asistió y no se dio cuenta?, ¿o se había retirado antes de la ceremonia?, ¿estaría enfermo y nadie avisó de la situación?

Cuando llegó a casa de Matías, éste lo recibió con un tibio abrazo. Le dijo que no eran necesarias esas fiestas de despedida, que los estudios no servían para ninguna huevada; la vida es una

mierda y el futuro es el aroma de esa mierda esparcida por las calles de todas las ciudades del mundo.

-¿A qué te dedicarás entonces?

-Haré talleres de pintura.

De improviso, como un acto de revelación, Matías cambió de expresión; habló de las *pinturas negras* de Goya, habló de ángeles caídos, del surrealismo y la fiebre creativa, las lágrimas de Guayasamín, los retratos de Philipp Otto Runge o el delirio de Carl Spitzweg y el romanticismo de Caspar David Friedrich. Luego hizo pasar a Juan Carlos a un cuarto, el cual serviría para su proyecto de taller. En él se podía apreciar una docena de cuadros en las murallas (que algún día anclarían en distintos rincones del mundo, pensó Juan Carlos).

Lo que había en esas paredes era difícil de explicar; ¿fantasmas?, ¿el Apocalipsis?, ¿extraterrestres?, ¿el diluvio?, ¿Sodoma y Gomorra?

-¿Estos cuadros son tuyos?

-Claro... ¿Qué te parecen?

-Son extraños...

El día de la inauguración del taller de pintura llegaron sus amigos más cercanos; Mateo Moyano, Martín Cartes, Carlos Palma, Aarón Lazcano. Juan Carlos y su polola -María Inés Suárez- llegaron con diez minutos de retraso; pidieron permiso, sonrieron y se ubicaron en la primera corrida de sillas. El discurso fue grandilocuente. Habló Matías del Taller Pincel Revolucionario, de la pintura que forma agujeros multicolores al interior de una tela cualquiera, del

romanticismo, el pop y body art, el paisaje muerto, de los óleos electrónicos y la pintura virtual (al parecer eran la misma cosa; proyectos innovadores en un futuro cercano). Luego alzó la voz e invitó a los presentes -más de veinte- a inscribirse en el taller, proyecto financiado por el Consejo Municipal de Piedra Grande. Los aplausos no se hicieron esperar, y se mezclaban como en un carrusel gigante -brindis, empanadas, cuadros, invitados, ventanas, risas- carrusel en cuyo eje central se sostenía un Matías Piña Barra pleno de optimismo al vislumbrar un futuro brillante y colorido.

El taller comenzó el día estipulado. Las primeras clases fueron amenas; mucha conversación, algo de teoría, conocimiento de ciertos recursos del oficio. Hablaron de inspiración, de colores que atraviesan mentes afiebradas, de paisajes internos. Imágenes que se nos escapan -decía Matías Piña- y que reaparecen en cualquier momento; en el baño mientras cagamos, en la ducha o en la cama cuando rezamos el Padre Nuestro.

La segunda etapa del taller se concretó con salidas a terreno (comenzaba el otoño de 1990: con su degradé de tonos amarillos: un color amarillo abundaba en todos lados). En esta etapa cerros y quebradas de Piedra Grande eran registrados y transformados por pinceles cargados de alucinación y pesadilla, ríos y árboles atrapados en cuadros carentes de vitalidad (un silencio fatal en cada una de las telas). A esta altura la deserción era generalizada, solo quedaban aquellos cuyo interés era correspondido medianamente por su talento. El talento, ese fue el motivo por el cual Juan Carlos se retiró, pues, como era de esperar, su capacidad para pintar jamás

apareció.

-Pero tú continúa... No te preocupes por mí- le dijo a María Inés la ocasión en que ésta lo encaró. Le explicó el por qué no le avisó que se retiraría. Por su parte, su polola le dijo que Matías preguntaba por él, el cual le había aconsejado que, más allá del talento, el oficio se logra con trabajo y perseverancia.

-Dale saludos. Dile que iré a verlo en uno de estos días.

Coincidió la situación con el traslado por razones de trabajo de su padre. Juan Carlos estuvo cuatro meses en el norte (sector de Tierras Altas), ayudándolo en sus labores de packing. Cuando volvió, decidió visitar inmediatamente a María Inés a su casa, al no encontrarla, se dirigió al taller de calle Sarmiento. Se extrañó que nadie contestara a los golpes de puerta. Tal vez están en terreno, pensó, aunque sabía que esa posibilidad no existía (llovía copiosamente y alrededor del pueblo todo era fango).

En vista que no hubo respuesta, decidió ir a la plazoleta. Abrió el paraguas, caminó tres cuadras y se sorprendió cuándo vio a Matías dando vueltas por la pileta central en compañía de María Inés y dos personas más (¿integrantes nuevos del taller?, ¿amigos en común?). Intentó hacer señas, quiso gritar, decirles; hola, aquí estoy yo, necesito hablarles. Pero le faltaba el aire (a él le pareció que su respiración se cortaba), dio media vuelta, y sin pensar en nada más, regresó corriendo a su casa. Los vería más tarde.

Dos días después María Inés llegó muy enojada -y triste a la vez- a casa de Juan Carlos. Le dijo que era importante lo que tenía que decirle.

-Se trata de tu amigo.

-¿Qué pasó con él?

Con lágrimas en las mejillas le dijo que Matías los había engañado a todos; que era un pintor mediocre, sus clases (si es que se podían llamar así) eran una mierda, su enseñanza era de tercera o cuarta categoría. Ella no volvería a colocar un pie en esa casa vieja y abandonada. Juan Carlos le pidió que lo pensara. Tal vez te equivocas al juzgarlo de esa manera. Es notorio el avance que has tenido. Tienes talento -le dijo con voz grave- y el Matías sabe lo que eso significa.

Pero María Inés agachó la cabeza y no quiso seguir hablando (las lágrimas nublaban sus ojos). En un arrebato de rabia y desesperación, abrió la puerta, la cerró de golpe, y salió arrancando a casa de sus padres.

Esa noche Juan Carlos no pudo dormir; vio en las paredes de su dormitorio miles de máscaras multicolores que giraban y giraban. Se levantó al baño, y mientras cagaba, no vio máscaras sino cientos de rostros en el suelo; ¡expresiones de dolor y felicidad aglutinadas en un metro cuadrado! Vislumbró que aquellas imágenes poseían un mensaje oculto. Debía contárselo a Matías.

Por la mañana se levantó muy temprano; miró la pared del frente de su cama, se persignó ante una imagen de la Virgen de La Merced, se duchó, tomó café con leche, se cepilló los dientes y enfiló sus pasos hacia la casa de Matías.

Al golpear la puerta se extrañó que nadie contestara. Esperó alrededor de diez minutos, finalmente volvió a su casa.

Después del almuerzo reiteró la visita. A la cuarta vez que golpeó la puerta sucedió lo siguiente:

Una sombra crecía, un fantasma sin rostro gritaba improperios a su persona. Los gritos se mezclaban con un sonido de guitarra que venía desde dentro. Las palabras que alcanzó a oír fueron éstas: mediocre, infeliz, adiós, mierda, huevón, desagradecido, maricón, desleal, conchetumadre. Cuando se enderezó para responder, la puerta había crecido más de tres metros de altura; era imposible golpear nuevamente.

Desde aquel día el incidente no abandonó sus pensamientos (una especie de molestia que aceleraba el ritmo de su corazón). Tenía ganas de volver, golpear aquella puerta hasta obtener una respuesta. Preguntar, preguntar: ¿qué pasa compañero, ¿porqué está molesto conmigo?, ¿acaso los amigos deben enojarse?, ¿te ofendiste porque me retiré del taller? (¡demás está decirte que no poseo talento para ello!; lo mío son las tortas y pasteles chorreando crema fresca por los bordes). ¿O estás dolido por la actitud de María Inés? ¡Por la cresta, contéstame huevón! Lo concreto es que presentía la respuesta, el discurso en primera persona dirigido al aire o a los pájaros enjaulados en el patio: No, por favor, no estoy enojado contigo, ¿sabes? Es ella la que aleja nuestros pasos. Ella, un túnel donde decanta la tristeza, un racimo de congojas insoslayable. Algún día entenderás que el tiempo ha roto las cadenas de la amistad verdadera. No preguntes. No vengas. No grites. No golpees esta puerta pues no imaginas lo que adentro sucede; muy dentro de la casa hay pintura fresca en los cristales, en las paredes: millones de

moléculas multiplicando su torso desnudo como pétalos rosados. Un cuerpo frágil quebrando los espejos de la casa que echa raíces en cada centímetro de suelo.

Bien se sabe que el tiempo va curando heridas que duelen; perder una amistad de años es dolor, así lo entendía Juan Carlos Arévalo. Así lo creyó también -pero en menor escala- la mujer que, de la noche a la mañana, se convirtió en su esposa: María Inés Suárez Navarro. Habían transcurrido cerca de dos meses desde la última vez que Juan Carlos había intentado comunicarse con su amigo. Por supuesto a veces lo recordaba, pensaba en sus proyectos, en aquellos diálogos que el viento dispersaba cada día. Sin embargo los nuevos acontecimientos lo mantenían ocupado.

-Estoy embarazada- le dijo María Inés a Juan Carlos (una tarde en la cual las mariposas se vistieron de blanco y jugaban a revolotear sobre sus cabezas).

El revoloteo de tanta mariposa blanca evoca en Juan Carlos el nacimiento de su hijo; marzo de 1991. Apaga el cigarrillo. Recuerda el primer grito de Raúl (un retorno doloroso, sin duda). Piensa en el aleteo de esas mariposas que se han vuelto oscuras y tristes. Le es imposible olvidar los días de llanto de María Inés, sus arrebatos de ira, su angustia. Había días en que no quería alimentarse, decía que era injusto lo que estaba sucediendo, que ella no estaba preparada para tener un hijo. El matrimonio es una pura huevada, eso dijo, que mandaría todo a la cresta de una vez.

Los meses siguientes Juan Carlos escuchaba murmullos; debajo

de la cama, en el baño. En el bus oía gritos de recién nacidos que mencionaban su nombre; ¡Juan Carlos!, ¡Juan Carlos! También veía imágenes; niños desnutridos, ahogados, a punto de caer al precipicio. Vio pozos oscuros (cientos de ellos) en donde él caía reiteradamente. Trataba de volver a la superficie, pero la humedad en sus dedos aumentaba hasta formar un torrente de lágrimas que lo hacía caer sobre el cuerpo de una mujer embarazada. Otras veces vio a María Inés correr; sobre el barro, en un pasillo infinito, en una escalera que la conducía por túneles sin luz. Y por primera vez sintió miedo.

-Cuando naciste lo único que quería era darles la buena nueva a mis amigos. Por supuesto pensé en Matías; inocentemente creí que esa noticia le agradaría, más aún, cuando le pediría que él fuera tu padrino de bautizo. Cuando fui a verlo a su casa salió una señora de edad. Supuse que era una de sus tías que vivían en el sur, pero cuando pregunté por él la vieja cerró la puerta y echó un par de garabatos que no supe entender. Lo que sí entendí es que a mi amigo lo había perdido para siempre; nunca más volví a buscarlo.

Extrañamente el joven siente un cosquilleo en el estómago. Apaga el cigarrillo, dice buenas noches, te quiero mucho papá, nos vemos mañana.

Y sin entender por qué, cuando una semana después el joven Raúl pasa por el frente de la casa gigante de Sarmiento 23, le atrae de sobremana el color de esa puerta eternamente cerrada. Recuerda que muchas veces ha pasado por ahí, cuando era niño, por ejemplo, solía jugar en esa esquina con Pedro López, Boris Aballay (¿a las

escondidas?, ¿saltar la cuerda?). Intuye que allí, detrás de esas gruesas murallas vive alguien que circula como un fantasma en la historia de la familia. En un gesto instintivo golpea la puerta. Tal vez ese acto sea un desafío a su miedo (un miedo inexplicable que nace desde su corazón y se desparrama por todo su ser). Pero cuando abren la puerta el temor desaparece.

-¿Qué necesita?

-Necesito hablar con el caballero que pinta.

-¿Perdón?

-Vengo por el aviso que hay ahí... al otro lado de la ventana.

-¿Qué?

-¡Que deseo inscribirme en el taller de pintura!

El hombre del otro lado de la puerta es relativamente joven, trata de comprender el argumento del visitante, procura ser amable en las respuestas, pero no entiende lo del aviso, ni conoce a nadie que se llame Matías. Aunque sí -le dice- creo que tienes razón, hay un aviso. Pero ese taller ya no se hace, ese afiche está ahí quizás de cuándo. Y le explica su condición de cuidador, le pide disculpas, la tarea es grande; hay tanto cachureo para sacar y botar. Y en un acto de confianza le invita a entrar. La casa es amplia, le dice. Está algo deteriorada; hay muchas habitaciones, pasillos infinitos, ventanas y puertas cerradas quizás por qué motivos.

Por supuesto el joven acepta, agradece su amabilidad y confianza. La vivienda por dentro es mucho más intrigante de lo que refleja su aspecto exterior. Le conmueve su silencio (un silencio que se desprende del ocre descascarado de sus paredes). Le llama la

atención la oscuridad de los pasillos y del patio (lugares en que permanecen atrapados fragmentos de tiempo; el de una casa feliz).

Al pasar por el pasillo central presiente que ha estado antes allí. Un déjà vu misterioso y sugerente. Tiene la certeza que al otro lado de esa puerta cuelgan decenas de óleos que reproducen el torso desnudo de una mujer embarazada (un cuerpo frágil como pétalo rosado que se quiebra y multiplica por los rincones de la casa). Con asombro descubre los pilares que indican el comienzo de cada nueva habitación, mientras aparecen sombras y máscaras que le sonríen. Apenas entra a la sala principal emerge ante sí como un relámpago la realidad insoslayable. Trata de huir del círculo que se repite (su padre llora en un rincón de Piedra Grande), pero es imposible; sus movimientos son parte de ese remolino de imágenes. Entonces su madre, con un pincel en la mano, le habla posando su otra mano en el vientre. Le dice que no se preocupe, que ella lo ama: eres un ser luminoso en medio de tanta oscuridad.

II PARTE

... donde la música de la radio era un laberinto de colores sonoros, un laberinto deslizante, palpitante, que conducía, a través de unos recodos inevitables y hermosos, a un mundo brillante de convicción absoluta...

Aldous Huxley

TRAVESÍA



A Ricardo Ruiz Herrera

La lectura poco a poco se tornaba placentera; un señor muerto por una cruel guillotina en plena plaza pública de San Agustín de Tango. Un carruaje rumbo a otra ciudad (con *Bola de Sebo*, mostrándonos el heroísmo femenino). Notas de pie de página pertenecientes a un escritor que sueña con un mundo mejor. En fin, variadas lecturas que colman de placer sus viajes cotidianos, rutina que repiten día a día los mismos personajes: oficinistas, estudiantes, obreros, ancianos y los infaltables vendedores de bagatelas. Todo un enjambre que conforma la gran familia que trafica entre dos ciudades perdidas en el sur del mundo; Tierras Blancas y Piedra Grande.

El cansancio lo impulsó a acomodarse en el asiento, mientras el unplugged con la voz de Simon Lebon, un saxo cadencioso y una batería eléctrica con efectos especiales no dejaba de sonar. Se cruzó de brazos, depositó el bolso sobre sus piernas y cerró los párpados.

Cuando despertó ya había oscurecido y un viento tibio atravesaba la ventanilla entreabierta. Las ramas de unos álamos crujían

sobre el techo y una tímida luz de luna transformaba el matiz de los rostros. Se restregó los ojos, acomodó sus lentes, pero algo le impedía ver con claridad. Las luces color violeta lo hacían sentirse parte del paisaje, o quizás era parte de una pintura (*¿surrealista, o Pintura negra* de Goya? No le quedaba claro, sí, que mirado desde fuera, la situación conformaba un sueño repetido dentro de otros sueños).

Miró nuevamente alrededor, abrió el bolso, tomó dos libros, los observó detenidamente y escogió el que tenía más páginas - como una forma de distraerme-, pensó, un método eficaz en este viaje; miró el reloj y calculó que quedaban unos 15 o 20 minutos para llegar al paradero, tiempo suficiente para retomar la lectura. Y sintió un sobresalto al ver la cabeza de Rudecindo Malleco que giraba como trompo al frente del espejo retrovisor. Se entristeció por la crueldad de quienes acompañaban a *Bola de Sebo* en aquel viaje interminable (como éste, con la diferencia que aquí no pasa nunca nada, pensó). Y nuevamente el sueño invadía su cuerpo agotado, mal que mal, había trabajado todo el día. Además estaba recién empezando el invierno, cuyos días se tornaban tristes, fríos y solitarios. La única compañía que vislumbraba como segura eran esos cientos de bartlebys diseminados en esas 218 páginas del libro que ahora sostenía entre sus piernas. Entonces volvió el reflejo del espejo retrovisor, salvo que en esta ocasión se distinguían tres imágenes diferentes; la de él; aterido de frío y con un miedo difuso escurriendo por su espalda, leyendo un voluminoso libro bajo una luz violeta; como en dimensiones paralelas, la imagen de un hombre jorobado -de lentes gruesos, corbata y traje gris- mirando a una

muchacha de nombre Shirley (así le pareció escuchar que la nombraba). Minutos después el hombre de joroba intentaba estrechar la mano del escritor Jerome David Salinger. No lo podía creer, también trató de levantarse del asiento para saludarlo, pero por un motivo desconocido le resultó imposible. Cejó en su intento, puesta su atención en una tercera imagen; el reflejo de un hombre a bordo de otro bus que en ese momento los adelantaba, un joven enamorado de una muchacha de nombre Shiley Lester (todo era un túnel, con decenas de imágenes de hombres solitarios en buses diferentes, salvo que ahora todos se reunían ahí, viajando por una carretera polvorienta y oscura).

Inmerso en ese torbellino de imágenes, saludó entonces a los nuevos compañeros de ruta:

-Bienvenidos...

Alcanzó a escuchar una voz que decía gracias cuando el bus frenó de golpe, acompañado de una seguidilla de pasos ligeros en el pasillo. Percibió un sinnúmero de risas; ¿niños, ancianos?, ¿algún conocido? No, no creo, pensó, no estaba seguro en realidad. Su única conciencia era del bullicio. Un barullo de voces, carcajadas y conversaciones se confundía con el fondo musical.

-Háblale.

-Déjalo que duerma... no lo molestes.

-¡You, are, the only exception! ¡You, are, the only exception!

La imagen de una mujer llorando aumentó su confusión y en un santiamén abrió los ojos.

-Hola...

-Tienes sueño. No te preocupes. Te aviso cuando llegemos al paradero.

-Gracias.

Inclinó una vez más su cuerpo hacia la ventana sumergiéndose en las historias que volvían. Shirley, saludó a Shirley. Es cierto, no la conocía, pero su presencia le resultaba más cercana que nunca. Y ahora el hombre de joroba le dedicaba una sonrisa, agradecido por la gentileza de traerlo a tierras tan extrañas.

-¿Cuántos años vive usted aquí?- preguntó el jorobado.

-Imagine usted... nací en abril de 1968... Desde esa fecha, no he movido un solo pie de estos parajes. ¿Y usted? ¿Se puede saber qué está haciendo por acá?

-La verdad. No lo tengo muy claro... Alguien me señaló esta dirección y vine. Eso es todo.

En ese momento un niño corría tras la cabeza de un hombre que rodaba por el pasillo. Ambos observaron con cierto temor, más no hicieron caso de la situación y continuaron el diálogo.

-¿Y usted viaja mucho?

-Viajo con la frecuencia de las mariposas celestes.

-¿Perdón...?

-Es decir... mi viaje se rige por vuelos transparentes.

En ambos afloraron sonrisas vacuas, a las que siguieron agregando palabras sin sentido. Pero entre la vorágine de palabras asomaron similitudes; eran solteros, trabajólicos, amigos de los libros y del rock progresivo de los años setenta (con tendencias a la soledad y tristeza). En fin, una cadena de coincidencias que ahora los unía,

aunque a ratos asomaban aires de desconfianza, una especie de temor que los ataba con hilos invisibles.

-Le recomiendo a usted *Un Mundo Feliz*.

-¿De Huxley?

-¡Ah! Ya veo que usted lo conoce.

-Musicalmente hablando... ¿le parece bien The ConspiraCtion BlaCk?

-Discúlpeme usted. Pero a esos no los conozco.

El hombre de joroba lo miró con extrañeza, emitió un ronquido, se acomodó los lentes y empezó a pronunciar palabras ininteligibles. Las palabras, pronunciadas en inglés, eran como lamentos, tal vez con una soterrada dosis de odio frente a ese hombre ignorante que miraba su reloj y se acomodaba confundido en el asiento.

Los minutos pasaron raudos y el hombre, sin hacer caso de las palabras del jorobado, abrió con brusquedad la cortina de la ventanilla; afuera la niebla invadía el territorio. Un frío enorme recorrió sus venas agitadas. Miró nuevamente su reloj; ¡las nueve de la noche! Y bruscamente interrumpió el diálogo:

-Permiso.

-¿Ocurre algo?

-... Señor... ¡Mi paradero!...

Tomó el bolso, se enderezó con dificultad golpeándose la frente con el pasamano. Observó el pasillo, ahora la cabeza del desconocido estaba atascada debajo del asiento del conductor. Al acercarse exigió que se detuviera. Creo que ya pasamos mi paradero, le dijo.

Cuando el hombre bajó del bus la Quinta Avenida estaba vacía. Intentó dar unos pasos, pero un chorro de luz lo encandiló.

AVENIDA 23



I

Un domingo de primavera Fabián llega muy tarde a visitar a Doraliza; ésta lo recibe de muy mala gana, pues se encontraba durmiendo y además estaba soñando con puertas y ventanas que se abrían y cerraban frenéticamente al compás de cierto ritmo psicodélico. Eran puertas y ventanas en todas las carreteras del mundo y un millar de guitarras *Gretsch* las atravesaban recorriendo miles de kilómetros para luego arder en llamas azuladas. Horas más tarde -un par de horas, pero adaptadas a la cronología de los sueños- todas desaparecían sin dejar rastro.

Doraliza se levanta, se moja el rostro en la llave de la cocina, mira por el orificio de la puerta de acceso y divisa el rostro de Fabián; tras él, observa miles de ventanas que se abren y se cierran, millones de guitarras a punto de reventar, que le generan una especie de terror doméstico que repercute en la manera desconfiada con que lo recibe.

Otra tarde de primavera quien llega es Raúl, puede que haya sido un miércoles o tal vez un domingo (pero nunca el mismo domingo de la visita de Fabián, de eso estamos seguros), golpea tres veces la puerta, al no haber respuesta, oprime con insistencia el timbre. Doraliza se levanta con desgano, apenas humedece su rostro y se dirige con paso lento a la entrada; antes de abrir observa por el mirador y una vez más las escenas de puertas, ventanas y guitarras se repiten, aunque en esta ocasión el fuego proviene desde diminutos volcanes (que en realidad son pequeños soles o planetas). Se enoja, siente miedo, miedo que se ve acentuado por la presencia de una rata que asoma su hocico, la cual, con pasos ligeros se introduce en su dormitorio. Entonces, como es lógico ante la irrupción de una rata infeliz, grita desesperada, con gritos pausados -digamos- gritos de diva en pleno ensayo antes de presentarse en los escenarios de su pesadilla. Esa situación, sin duda, resulta incómoda para Raúl (el paciente Raúl que espera afuera; ha venido a saludar a su amiga en el día de su cumpleaños).

-Dora; ¿Estás bien Dora?

-¡Auxilio!

-¡Abre la puerta!

-¡Una rata! ¡Auxilio, por favor!

Sin embargo Doraliza se queda callada, un silencio casi absoluto, solamente se oyen como un rasgueo los pasos del roedor que comienza a dominar los espacios; sillas, camas, televisor, mesas, utensilios de cocina, CDs, libros usados, ropa íntima (una enormidad), zapatos, carteras de cuero, todo intervenido por su mirada de

rata celeste. Pero Raúl (el paciente y único Raúl) no espera más, decepcionado y a punto de llorar, regresa corriendo a su casa con un amargo sabor a despedida.

Doraliza habita en el quinto piso en un edificio tan antiguo como el pueblo, quebradas y cerros imponentes. Tiene 23 años y cursa tercer año de ingeniería industrial. Trabaja part time en dos supermercados que quedan a seis u ocho cuadras de su departamento. Su rutina consiste en levantarse temprano (no sabemos exactamente a que hora, pero debe ser entre las 5:00 a 5:30 A.M.) ya que cada mañana se pueden ver luces encendidas en su habitación; luego se dirige al baño, se sienta en un comedor (la mesa es gigante, con sillas infinitas y redondas), en ese momento alguien le dice buenos días, cierre los ojos y abra la boquita, ella responde que sí, que está bien, el remedio para el dolor de cabeza es amargo, pero qué le vamos a hacer. Gracias. Ya, ya mi niña. Luego baja las escaleras, se persigna frente a una pequeña gruta que hay en plena avenida 23 (a un costado del paradero 23), enseguida saluda al señor que barre la vereda:

-Buenos días.

-Buenos días.

Lo que sigue es lo de siempre; ha perdido el bus y no concurre a la casa de estudios, tampoco al trabajo. Vuelve al edificio y alguien la llama al sector lavandería; no hay descanso: planchar, costurar, seleccionar ropa nueva y usada, tomar una pastilla mágica, ir al baño, almorzar, volver a su departamento, dormir la siesta, atravesar pasillos y puertas que se abren de un pasadizo al siguien-

te, bañarse, recibir alguna visita, besar a alguien, recostarse, mirar jeringas, algodones, yodo, alcohol, hablar con una señora gigante vestida impecablemente de blanco, decirle buenas noches.

-Buenas noches Doraliza, que descanses.

II

Hubo un tiempo en que todos me llamaban Draga. Y ahora (¿porqué ahora?) mis amigos insisten en llamarme Doraliza. Sin embargo se muy bien que mi verdadero nombre es Lourdes, sí, justamente como la virgen, con la diferencia que yo vivo entre las trampas de pequeños e interminables pecados; pienso, deseo, actúo de tal forma que mi carne no tiene tregua. Sin ir más lejos, ayer vino a visitarme Fabián Lazcano (¡Oh!, el inofensivo Fabián y sus manos temblorosas, sus ojos saltones y uñas de mujer embarazada), me acuerdo que le dije, vamos a la habitación 23, del quinto piso. Pero si estamos en ella, me respondió. Sólo era una broma, tonto, le respondí con voz tímida, con acento triste y dulce, con palabras veraces y también engañosas, y le dije; desnúdate, aquí no hay nadie, pero tiene que ser rápido, porque a las seis viene la señora (¿la empleada de la casa?, ¿mi profesora particular?, no sé), la cuestión es que dentro de una hora llega ella y querrá verme limpia, pura, virginal como ella, porque si todavía no lo sabes, ella es soltera, vieja pero soltera, quiero decir virgen, sí, aunque no lo creas, enteramente virgen.

Fabián se recostó sobre una mesa alargada (sus huesos se esti-

raban del mismo largo de la mesa), intenté besarlo, acariciar su pecho de plástico y no pude; creo que ardía demasiado. Entonces las paredes empezaron a cambiar de color; rojo-azul-naranja-verde, y fue este último color el que poco a poco se apoderó de las cosas, quiero decir, un verde con vida, transmutado en manos que se movilizaban de un lugar a otro, con pies también (aunque en ningún momento divisé la o las cabezas de ese monstruo).

Guardé silencio mientras la oscuridad se adueñaba del departamento (¿y del mundo?). Pero todos los objetos (incluyendo la mirada de Fabián) tenían el mismo color; platos, jeringas, gasas, orina, saliva, pan, frutas, flores, jarabes, calzones, calzoncillos (¿de Fabián o Raúl?) y un poema, un poema verde de mi amigo Frank. ¿Frank? (¡claro!; mi querido amigo; cantante, poeta, vedetto, un bisexual de mirada tierna).

Mientras Fabián dormía, y sus órganos comenzaban a derretirse sobre la mesa, cogí el papel y leí:

Es hermoso ver los pedales como brillan bajo el sol. Es hermoso (y terrible a la vez) viajar al fondo de los fondos y caer a la cámara donde crujen tus nervios nuevamente. Abrazar a la noche que clama por tus ojos recién pintados. Eres adolescente y vuelan las polleras de tu falda, te pintas y corres en bicicleta tras la pluma que vuela, vuela.

Vuelas al fondo de los fondos. En el arbusto bebes el vino más amargo ¿lo recuerdas? Y lloras. Permaneces sola bajo el puente.

Las múltiples lenguas que te hablaban de lo hermosa que eras; ¿dónde están? ¿Quién golpeó tu reloj, sin avisar que alguna vez despertarías?

Mis manos son testigo de tus pasos en esta oscuridad. No escuches a Caronte, no siembres de sangre los pasadizos de tus sueños. No

Puedo ayudar, sostener tus manos para huir de Malebolge. Y saltar a las próximas estrellas (que derrotarán el alzheimer precoz de tu memoria).

Finalmente me quedé rendida en un espacio amplio y limpio, un espacio parecido a un jardín, o quizás era un camposanto, como el Parque Almendral por ejemplo (donde yacen tantos amigos imborrables, camaradas arrastrados por las plantas de un jardín sin restricciones, quiero decir un huerto eterno y feliz). Me fui quedando dormida, enteramente desnuda, atravesando los pasillos del jardincillo ideal.

Sin embargo hay visitas que uno quisiera olvidar, visitas de personajes fomes y tristes, como transparentados en su caminar, es decir neutros de pensamiento, vacíos de palabras, gestos y caricias. ¿A quién me refiero? A Raúl Benavente por ejemplo, a Felipe Montoya, Esteban López, Paola Serena, Rodrigo Chinchón, Rodrigo Allende, Francisca Torres, y tantos otros que he conocido por ahí; en la calle, la pizzería La Mamma, por ejemplo, donde trabajé hace tres años y ahí conocí a Esteban López (con quien tuve un romance de media noche) y duré poco más de tres meses y me retiré por maltratos, quiero decir, no por maltratos a mi persona, sino porque, según mis patronas (doña Flavia Silva y don Juan Carmelito) decían que mi mirada aterrorizaba a los clientes, quiero explicarme bien; los calentaba, ésa es la verdad, les hacía subir la temperatura (la de los glúteos, lengua, tobillos), tal situación se había converti-

do en una especie de tormento para ellos; en «maltrato psicológico», según me dijo doña Flavia cuando me extendió el sobre azul desde la ventanilla de su auto.

Otros amigos que vienen a visitarme, mejor dicho conocidos, son los que frecuento en la universidad, otros son pacientes de no sé qué hospital o clínica especializada, pero no sé qué enfermedad tienen, son pacientes nada más, quiero decir enfermos o enfermizos de algo que no tiene nombre o tal vez no quieran decírmelo, quizás tengan miedo a que los rechace, pero eso es imposible. No tengo valor para eso.

La verdad, no sé como explicarlo, pero estoy segura que no era una rata lo que vi aquella vez cuando Raúl me esperaba en la puerta. Yo creo que era una gata y caminaba como canguro (o como Condorito en la fiesta de la chaya de Los Trapos). Sí, es cierto y no lo puedo negar, al principio tuve mucho miedo; asomó de pronto sus ojos (unos ojos pequeños y grises, de una belleza extraordinaria) sus dientes blancos parecían postizos, como recién comprados en la clínica de mascotas, pero; ¡que dientes más bellos!, ¡me encantaría comer con ellos!, creo que dije en voz alta. Y ¡zas!, la desgraciada entró por la cortina de la cocina, bajó por el tubo de gas, atravesó el comedor (la mesa parecía achicarse mientras aquel animal rozaba el mantel y las sillas, las cuales tiritaban de puro horror), acto seguido la bestia enfiló sus patas puntiagudas al dormitorio y dio mil vueltas por el departamento; loza, camas, vestuario, cajones, todo invadido por la visita indeseable. Creo que ahí emití un grito, que no era un grito en realidad (era un cántico azul de la

cantante de rock más dorada que todas las chicas doradas de Latinoamérica). De ahí todo fue rápido y veloz (como fuegos artificiales en la costa); tomé mi zapato de cristal, miré fijamente la cola de ese bicho repugnante, y le achunté medio a medio: la desgraciada estaba muerta.

Cuando salí a recibir a Raúl, éste se había transformado en un puntito celeste y violeta que corría bajo los árboles de una primavera desteñida.

III

Este lugar es como un hotel que nos fortalece a todos; aire puro y limpio, lejos de las grandes urbes, con un paisaje tremendo alrededor; bosques, animales amistosos, casas de adobe con hornos de barro, jardines, cientos de ellos dispersos en la tierra bondadosa. Más encima aquí tengo mis mejores amigos; Raúl Benavente, Felipe Montoya, Esteban López, Paola Serena, Sandra Santibáñez, Gloria Ayala, Lourdes Ríos (o Doraliza como le decimos sus amigos más cercanos). Y es así como los visito a cada uno en sus casas; los lunes voy al departamento de Raúl Benavente; jugamos play, escuchamos algunos temas de Rush (el de los años ochenta, con su percusión en vivo de *The Rhythm Method*, por ejemplo, junto al vuelo majestuoso de Neil Peart). Otras veces escuchamos bandas punk chilenas; Pinochet Boys, Fiskales Ad-Hok, Erección Presidencial (un fenómeno que se extingue, me dice Raúl).

Los martes voy a ver a Felipe Montoya, aunque últimamente

no lo he visto en realidad, alguien me ha dicho que está extraviado, su celular no responde, y no contesta los correos electrónicos. A Paola Serena la veo por ahí, en los jardincillos, en los pasillos o en las escaleras que nos comunican con las cadenas de un universo inacabable. Con respecto a Sandra Santibáñez y Gloria Ayala, voy a verlas a la lavandería que queda al norte de la ciudad. Aunque en ciertas ocasiones voy a sus hogares; me visto de traje rigurosamente negro, tomo la bicicleta y llego a sus departamentos con cara de niño revolucionario; hablamos del Che, leemos poemas de algún heterónimo de Fernando Pessoa, cantamos canciones añejas y desteñidas como las hojas de este cuaderno en que escribo mis notas. Los domingos después de misa, voy a casa de Lourdes Ríos Valenzuela. Hablando de ella, creo que esta tarde debo visitarla, decirle cuánto la quiero, cuánto te estimo, tú bien lo sabes, pero no me tomes la mano Doraliza, te quiero como amiga, nada más (entonces me abraza, dice que me suba a la mesa del comedor e insinúa atrocidades al oído). Sin embargo obedezco, sigo el juego sucio y cruel como sus zapatillas de cristal. De pronto la observo con atención y la encuentro igual a la Pupi, y vuelvo a sentirme un *rockero celeste*, rodeado de árboles, entre flash de cámaras con yoghurt de vainilla o chocolate. Hasta que me doy cuenta que estoy dormido y triste, con un calor que hiere mis huesos de niño de dieciséis años recién cumplidos. Enseguida Doraliza me despierta, me dice tonto, levántate de la mesa, sal de aquí rápido, viene mi profesora de inglés, me dirá: Good afternoon, miss Lourdes. Le contestaré: Good afternoon, miss Andrea, por eso vete, niño malcriado, vete, vete.

Entonces pego un salto de la mesa, me subo los pantalones, voy al baño de visitas, orino, escupo, me lavo las manos, tiro la cadena (y el agua cae por un pozo infinito y oscuro). Antes de ir al comedor, una rata de dientes transparentes, con ojos diminutos me observa por el espejo del baño. Entonces corro a velocidades no acostumbradas; huyo de Lourdes, la profesora de inglés (que viste siempre delantal blanco y reluciente), huyo de la Pupi, de sus palabras ardientes y su pelo color zanahoria. Arranco también de la rata gigante, y del millón de ratones que tocan sus instrumentos musicales; seres chillones y monstruosos que interpretan a muerte una ópera rock en el baño de la Dora.

IV

Así es la vida en estas avenidas; ir, venir, caminar de un lado a otro, pedir permiso señorita, cuidado caballero, sal de ahí cabro chico, córrete que estoy barriendo, permiso, permiso, permiso. Encender millones de velas a la grutita, cantar, saludar, silbar, escupir, mirar mujeres hermosas pero tristes y solitarias como la Luna que se columpia entre los cerros de este pueblo sin apellido. En fin, ésa es la vida, qué más da, lo importante es mantener firme el escobillón y el rastrillo, o bien la manguera, la pala. Y vamos limpiando que el mundo va a estallar en mil kilómetros de lava ardiente. Pero me gusta lo que hago, me encanta ver las veredas impecables, sobre todo en esos días de lluvia, los días domingo, por ejemplo, cuando

las mujeres van del brazo con sus esposos invisibles o los niños juegan con una pelota que desaparece cuando alzan los brazos al cielo (sin estrellas ni meteoritos al sur del mundo). Ahí me distraigo, fumo cigarrillos liados con tabaco importado; miro mis dedos amarillos, arrugados y huesudos (¿como las viejas donosianas?). Otras veces fumo cigarros de hojas otoñales provenientes de ciertos árboles de este bosque inmenso y aromático. Toco mi barbilla y es tan áspera que me da vergüenza saludar a la dama que pasa al frente mío:

-Buenas tardes don Eustaquio.

-Buenas tardes, señorita.

Entonces me afeito con lo primero que encuentro por ahí; lápices, tapas de bebidas, botellas de plástico que dicen «bebida de fantasía» o «coca-cola», hojas de hierba, hojas de parra, o simplemente con hojas de algún periódico que dice: «Joven padece de tuberculosis» o «Niños vuelan con tractores de cien ruedas». Y vuelvo a saludar al hormigueo de miles de personas, todas vestidas de azul marino.

Sin embargo aquí las cosas cambian a una velocidad extraordinaria (como una rueda gigante e invisible) producto de ello es que de pronto me doy cuenta que muchos jóvenes se han instalado en los departamentos de esta avenida. Tal situación creo que se debe a las oportunidades de trabajo y estudio que muchas instituciones ofrecen; Universidad de las Estrellas, Instituto Feliz de las Ciencias, Supermercados Atrozz y Cía., en fin, y es entendible el hecho que ellos busquen sus oportunidades de vida. Pero no todo

es tan malo, porque si nos fijamos bien, hay para todos los gustos. En lo personal, a mi me agradan mucho los jóvenes en realidad; la señorita Paola Serena, Fabián Lazcano, Raúl Benavente o la señorita Lourdes Ríos Valenzuela (aunque su comportamiento sea extraño). A veces me pide algún favor sencillo; Don Eustaquio ¿puede abrirme la puerta del departamento?, ¿puede convidarme agua de su manguera?, ¿podríamos conversar de las nubes de verano con olor a sahumero y marihuana prensada?

Ahora lo recuerdo bien, ¡tan claro como el oxígeno!, cuando hace dos meses atrás la señorita Lourdes me pidió que la acompañara a su departamento; me dijo, necesito pedirle un favor muy grande don Eustaquio, yo me dije a mi mismo, bueno, que más da, la señorita es tan agradable. Ni siquiera me di cuenta cuándo estábamos en su departamento, y ella, con una voz suave -pero a la vez salvaje- me dijo; siéntese don Eustaquio, póngase cómodo, ¿quiere jugo o jarabe para la tos? ¿Puedo tomar sus manos rosadas? Debo reconocer que me sentí un poco incómodo (soy solterón, jamás alguien me ha tocado), y le dije, señorita déjese de cortesías y dígame cuál es el favor que usted desea que le haga. Pero ella se quedó en absoluto silencio, luego entró al baño, se mojó el pelo y el rostro, tiró la cadena, se colocó unos guantes de seda rosados, se dirigió a la cocina, tomó un tarro de basura del tamaño de un camión y sacó una bolsa con cientos de ratones descompuestos. Fue terrible verlos, y más repugnante fue sentir el hedor, pues me dieron unas enormes ganas de vomitar; corrí haciendo arcadas al baño y tiré una y otra vez la cadena. Luego volví al living y grité; ¿¿De dónde sacó

usted esos bichos, señorita?! ¿¿Desde cuándo los tiene en esa bolsa?! Pero ella continuaba callada, daba la impresión que se había convertido en sordomuda, y solamente entendía con señas; mover los dedos, índice, meñique, pulgar, así, hacia arriba, abajo, a los lados, izquierda, derecha, gesticulando con boca y narices, moviendo ojos, cejas y pestañas. Pero nada, la señorita permanecía como estatua de hielo.

Y debo confesarlo; sentí deseos de huir de aquel departamento fétido, un lugar a punto de estallar en millones de trozos de cristal producto de una música siniestra, donde la pudrición se paseaba -como Pedro- por las habitaciones. Escuché a mis espaldas un millón de ratones cantando, tocando sintetizadores y bongoes, baterías y guitarras, corriendo por todos los rincones; techo, puertas, ventanas, ropero, water.

No entendía porqué, pero cuando iba bajando las escaleras (unas escaleras infinitas y elásticas), recordé cuando llegué a vivir muy joven a este lugar. Y después de pensarlo varias veces grité:

-¡Claro! -¡deben ser los ratones amarillos!

Sin embargo el tema ya lo había conversado con la señorita Eulalia (ella siempre tan seria, e impecablemente vestida de blanco). Le dije:

-Señorita Eulalia; está volviendo la plaga de las ratas musicales.

-¿Dónde las vio don Eustaquio?- me preguntó en tono seco.

-Allá arriba, señorita- le dije moviendo mi perilla que tiritaba de frío (y de miedo también).

-No se preocupe- me respondió con una sonrisa -las estamos

controlando con jeringas importadas.

Entonces le agradecí con una reverencia. De ahí tomé la vela y la manguera, y me dirigí feliz a la grutita.

V

Tal vez el asunto del ratón plomo fue una excusa de la Doraliza para no recibirme el día de su cumpleaños. Y creo que todo fue planeado por ella, aunque también puedo asegurar que hay cómplices; Fabián, Felipe, Esteban. Lo digo por el silencio sepulcral que existía al otro lado de esas paredes transparentes (un silencio asesino y siniestro en la eterna espera); pero sé muy bien que entre todos mataron al ratón. Aunque tengo claro que ese bicho no era de verdad, y me da risa cuando me acuerdo; aquel animal era un conejito de peluche, con pilas duracell o baterías recargables las 24 horas del día (y visualizo una marcha infinita, tocando guitarras y bajos eléctricos al compás del rock sicodélico o más bien histérico del siglo XX, enfrentados a los zapatos cristalinos de la asesina en serie). Pero la Doraliza es lista y les hizo creer a todos que aquella bestia era un psicópata, una especie de vampiro chupa sangre (como aquellos seres descritos por Juanito Emar (o Álvaro Yáñez Bianchi): «Lo que agoniza, lo que muere, lo que vierte sangre, lo que devora y chupa.»)

Es ése uno de mis motivos principales que explican mi alejamiento de Doraliza. No tolero el recuerdo de tantas horas esperan-

do tras la puerta (¿tres, cuatro, cinco horas tal vez?). Es difícil saberlo. Sin embargo debo reconocerlo también; cuando paso por la habitación 23 aún siento cosquilleos en la punta de los pies, aún siento la saliva en la punta de la lengua, y miro el puñado de cristales plomos como se rompen frente a mis narices, millones de trocitos de vidrio empañados por las mentiras y burlas de Lourdes Ríos Valenzuela. Lo que quiero decir con esto es simple; aún no pierdo las esperanzas de que la Dora recapacite y me pida disculpas, pero es un proceso, digámoslo bien, una especie de trabajo interno que requiere de maquinarias en perfecto estado, para iniciar la reconquista de mi corazón rebelde.

VI

Si bien es cierto llevo más de treinta años de servicio, aún recuerdo mis primeros años en este lugar; entonces era una joven hermosa, llena de vida. Y es cierto lo que mis amigos decían de mí: eres dueña del universo, eres regía Eulalia, me decían. Yo y mis ojos verdes, yo y mis vestidos de lentejuelas en las fiestas aniversario, yo y esos hombres que seguían mis pasos de tacones de corcho importado. Siempre yo, yo, yo.

Pero después de treinta años las cosas han cambiado, un ejemplo de ello es que ya no están mis primeras amistades laborales; Jaime Semilla, Juan Toro Bravo, Roelinda Salvatierra, Mercedes de las Mercedes, y tantos otros que se marcharon sin dejar el más mí-

nimo rastro. He tratado de contactarme con ellos y nada. Una de mis sobrinas nietas me dice; tía, métase a Facebook, mueva el mouse en dirección al mundo, puede que ahí los encuentre o por lo menos se contacte con algún pariente de ellos. Pero yo no entiendo de esas cosas, entonces ella promete que va a enseñarme, sin embargo cuando voy a verla siempre está ocupada; que el pololo, la amiga, el amante, otro amigo. En fin, es mejor dejar que el tiempo continúe su curso por estas avenidas llenas de luces, pero también de oscuridad. Que el tiempo se convierta en viento, sople sobre nuestros huesos apolillados, y nos borre del mapa.

Ahora bien, lo único que me queda de consuelo es que tengo la certeza que alguien me amó intensamente (aunque creo, sinceramente, que todavía le apetezco), me refiero a don Eustaquio, por supuesto. Es imposible olvidar la primera vez que llegó a vivir con nosotros; era apuesto, inteligente, con rastros de juventud en cada centímetro de su piel (similar a la mía, sin duda). Sin embargo su adicción a las sustancias no lo dejó tranquilo, el pobre jamás se recuperó de los laberintos recorridos bajo el efecto de tanto alucinógeno. Y me da pena recordarlo; drogado, sucio, hablando estupideces por los pasillos interminables de esta casona. Según él, en cada rincón de estas paredes se le aparecían regimientos de ratones anaranjados, otras veces aseguraba que eran lauchas amarillas, gigantescas y amarillas (como lunas llenas). Entonces había que tomarlo entre tres o cuatro enfermeros, inyectarle tranquilizantes, aislarlo, amarrarlo, aplicarle electroshock y ya estaba. El pobre Eustaquio quedaba como pájaro desplumado.

Además de volado, el pobre era mitómano. Según sus palabras, él había participado en el festival de Woodstock (3 Days of Peace & Music). ¿Cómo llegó tan lejos?, le pregunté. Viajando por el mundo -me dijo- y se largó a reír de manera desquiciada. Sin embargo aseguraba que en ese lugar y en esas fechas (la granja de Bethel, Nueva York, del 15 al 18 de agosto de 1969, si mal no recuerdo) había tenido la oportunidad de compartir abrazos de amor y pitillos de marihuana con una muchacha que hacía de voz principal en un grupo de rock sicodélico (la famosa cantante se llamaba Nancy Nevins -antes la mencionaba mucho, y a veces le dirige palabras desesperadas-, el grupo al cual pertenecía eran los Sweetwater o Simvater o algo parecido). Además había probado peyote y hongos de no se qué huerto de los alrededores de Nueva York. También lo habían fotografiado para una revista de música, con los dedos en V (pura paz, de acuerdo a sus palabras apocalípticas). Después de un tiempo se olvidó de esa historia, y apareció con otra tanto o más increíble que la anterior. Según él, había asistido al festival de Los Dominicos, más conocido como festival de Piedra Roja, ahí había compartido la guitarra y voces con Los Tops (o los Pops, o algo similar), había probado LSD, queques mágicos, y otras tonteras que les ofrecían a todos los melencidos en busca de una paz que se les escapaba de entre las manos hediondas a hierba. Por supuesto no le creí. Y menos le creí cuándo me aseguró que en dicho festival había millones de ratones volando sobre los cielos y nubes de Piedra Roja. Eres alucinado, le dije esa vez; apreté sus cachetes y le coloqué tres inyecciones al hilo. El pobre flotaba como

barco ebrio en las aguas del tormento final.

Pero el tiempo ha transcurrido más rápido que las palabras. Y ahora el Eustaquito se ve reposado; su vejez virginal lo hace atractivo y bastante apetitoso.

VII

Todo paisaje -incluyendo quienes se mueven en él- cambia. Tal vez pasan días, meses y años, en que, aparentemente, todo permanece igual. Pero en algún minuto el paisaje gira en 120° y nada queda de lo que fue.

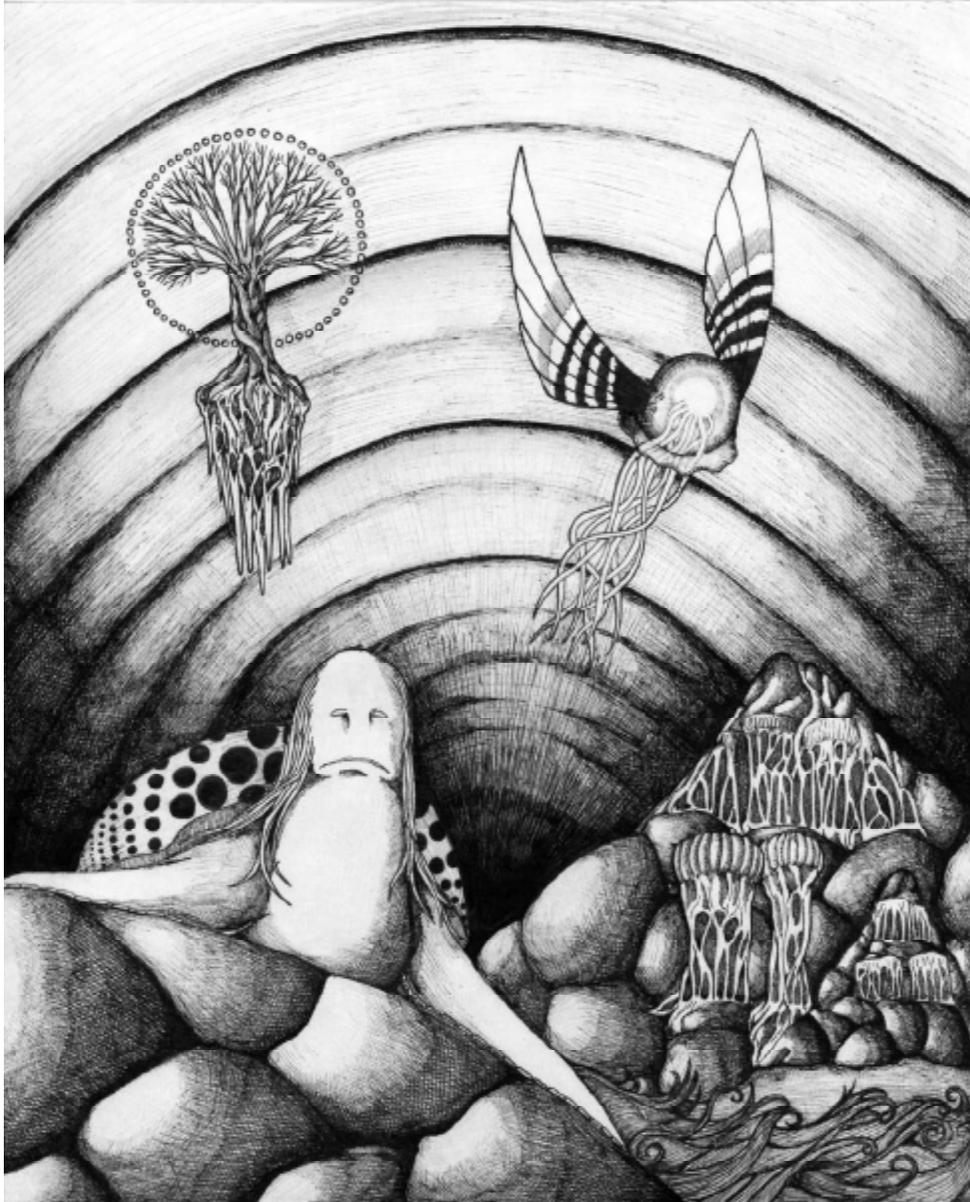
Así nos sucedió con Draga. Todo empezó con sus alucinaciones, sus jugarretas, y ese comportamiento excéntrico en el cual ella aseguraba que era un ser humano (de pies a cabeza, con todos sus miembros bien puestos). Por supuesto al principio lo vimos como una broma de su parte, algo entretenido y salvaje, como un rayo de sol sobre la cabeza, o bien, un intento de sabiduría (aunque la mayoría lo veíamos como un retroceso). Sin embargo la ratona madre nos dijo lo que por años no quisimos escuchar: Draga padecía de un severo trastorno de personalidad, y la única solución al problema era hospitalizarla. Por supuesto a veces voy a visitarla, sobre todo los días domingo después de misa; tomo el camino central, entro al patio de naranjos y pimientos, subo las escaleras a la habitación 23 (a veces voy con mis amigos, realizamos un par de tocatas con guitarras sangrientas y dolorosas), ahí permanece mi amada; la veo mirarse mil

veces en el espejo de bordes dorados, la escucho decir: soy Doraliza, la dama más elegante de la cuadra, todos se mueren por conocerme. Luego observo su cola enorme, y no me explico cómo lo hace, pero la gira y empieza a acariciarse con ella, de manera suave al principio hasta llegar a los azotes contra su cuerpo (¿una forma de masturbarse?, no sé). Y esa es toda la relación que mantengo con ella. Después de veinte años, es todo lo que nos queda del paisaje.

Con respecto a los verdaderos responsables de tanta tragedia (me refiero a quienes raptaron a la Draga, le cambiaron su nombre original haciéndola creer que era uno de ellos, y la entrenaron para hacernos daño), a éstos los tenemos vigilados la 24 horas del día; con el ejército de ratas moradas los hemos atrapado a todos, poco a poco los daltónicos de mierda se han ido pudriendo, y les aseguro que morirán en muy poco tiempo.

Aunque a veces los escucho gemir, y asoman sus ojos asustadizos por las grietas del entretecho.

BREVE HISTORIA DE ROCK



I

Guil De Plax se pasea por el torrente sanguíneo de Ormity desde que éste se antojara de comer papas fritas en la cafetería del hospital. Tal vez sea error matemático o una descompensación del equilibrio biológico (y esto lo vamos a suponer, pues nadie nos entrega una respuesta certera), ya que los síntomas de dicha enfermedad son dolores estomacales, acompañada de tos, tristeza, y unas enormes ganas de escuchar rock and roll. Entonces ¿porqué las papas fritas?, se pregunta Guil, ¿porqué la mayonesa y el vino blanco importado? (mientras sus brazos se esfuerzan por ingresar a las venillas del páncreas, atravesar sus paredes, para luego hacer el mismo recorrido de la mañana; los terribles intestinos grueso y delgado).

-¡Ay de mí!- Se queja el señor Ormity después que siente los retorcijones en el estómago. Pero ya se lo habían advertido los grillos azulinos; todos son errores de cálculos matemáticos.

Antes de ingresar a la universidad, Guil De Plax tenía cierta noción acerca del mapa y los múltiples destinos de su especie; la sangre y sus avenidas de hielo. Primero había sido el torrente de las familias de los Poiloáceos, para, luego de egresar de la Enseñanza Básica, emprender viajes al universo de los Proetas (una especie de proteína láctea, dada en ciertas plantas acuáticas al sur del Océano Pacífico). Mas tarde vendrían los terribles experimentos en el plasma sanguíneo de los Drums, los Pops, y finalmente en los desaparecidos huesos de la Rux de Ciem (experimento que duró más de 20 segundos, en una de las mejores clínicas privadas del Ocean Green, con científicos del más alto nivel). Por lo mismo De Plax paulatinamente se ha ido adaptando a los dolores ajenos.

Pero lo que realmente sostiene a Guil es su pasión por la música; específicamente sus estudios de guitarra electrónica y bando-neón, con mención en rock intelectual (o universitario, como le llaman los especialistas), porque en estos terrenos sí que este muchacho se siente seguro y feliz; ha obtenido una beca con el 70% de rebaja del arancel, todo un logro si observamos que el resto de sus compañeros -más de seiscientos mil- paga el 100% del costo de la carrera. Por aquel motivo sus padres, Ruam y Cilliemm, han decidido que Guil debe alojarse en el mejor barrio universitario de ciudad Ormity, y para navidad, que pronto llegará, le han prometido un computador portátil para comunicarse con el mundo y la galaxia. ¿Qué más pedir para su corta edad de 20 horas con 59 segundos, con un futuro más que auspicioso, con muchas hembras alrededor, buenos amigos y harto carrete veraniego?

Ruam y Cilliem le anunciaron visita hace un par de segundos atrás, y aunque el viaje es largo y agotador (deben atravesar, de este a oeste, el torrente sanguíneo de Avenida Central, de ahí tomar el tren que les permita ascender por las arterias del riñón izquierdo, para seguir el ascenso hacia la principal calle del pulmón derecho) ambos están entusiasmados en volver a ver a su adorable hijo. La idea es la siguiente; compartir los 24 segundos que dura la Noche Buena, asistir a la misa en la catedral, compartir los 7 minutos que restan para el Año Nuevo, quedarse con su hijo seis o siete minutos más, para finalmente emprender el viaje de retorno al trabajo de Ruam, quien, gracias a sus altas calificaciones, ha sido ascendido como jefe de alta seguridad en una de las embajadas del país vecino.

II

El grillito Ormity espera ver a su grupo de rock favorito a través de las pantallas de MTV, ya que no pudo conseguirse los 50 centavos para la entrada al recital de Alice in Chains, concierto que, según informe de los medios especializados, es el más importante de todos los tiempos en nuestro país. Cincuenta y siete años ha esperado Ormity -y miles de fanáticos más- para ver al legendario grupo musical, por lo mismo se prepara; compra papas fritas (light), vino blanco importado (bajo en calorías), coca-cola (zero), se recuesta en el sofá, invita a su esposa para que disfrute con él esa música traída desde otra galaxia (una música dolorosa, que desgarrará el alma, según él). Y lamenta no estar en el estadio, un lugar

repleto de público histérico y además diverso; metálicos, pokemones, peloláis, niñitos góticos (tomados de la mano de sus abuelas rockeras), flaites, punks y new waves (todos envueltos en una nube de humo que traspasa los cielos de la ciudad nocturna).

-Pero mi amor, es mejor por la tele ¿o no?

-Si lo vemos por el ahorro... podría decirse que sí...

A las tres horas de iniciado el show Hermitoida comienza a sentir frío; se levanta, cierra puertas y cortinas, enciende la estufa, prepara dos cafés, enciende un cigarrillo. Luego toca el vientre de su esposo, el cual duerme ceremoniosamente (al parecer los dolores han desaparecido; es el efecto de la música, piensa la mujer, y agradece a las pantallas de MTV el milagro). A ella le gusta observarlo en ese estado; apacible, relajado, más hermoso de lo habitual; aunque sea extraño su comportamiento (ese repentino gusto por el rock, la obsesión por sonidos estridentes y desafinados).

Finalmente Hermitoida le exige a su esposo ir a la cama, ya que al día siguiente debe concurrir a la clínica para realizarse nuevos exámenes y sacar radiografías en distintas partes de su cuerpo.

III

De improviso, la conversación telefónica entre Guil y sus padres es interrumpida por una corriente de aire helado; desde todas direcciones irrumpe el frío que cala los huesos, y su cuerpo -una masa blanda y transparente- tiembla de susto y desesperación.

-... Tengo frío mamita...

Al salir a la calle todo es confusión; oscuridad, ruido, amenazas. Alguien, de apellido Crushed de Ponce se coloca frente a Guil y sopla su rostro atormentado; un dolor agudo se apodera de su cuerpo que envejece. Pero el joven saca fuerzas y logra llegar a la estación de trenes; son las tres de la tarde, aún es temprano para buscar a sus padres, tomarlos de la mano, abordar un taxi y llevarlos a su departamento.

-Señora... ¿me puede decir cuánto queda para llegar a la estación Baquedano?

Pero la dama no responde (permanece en estado de pánico). Entonces el joven toma sus manos sintiéndolas heladas y sudorosas. Desesperado, grita al auxiliar, pero nadie responde:

-¿Dónde mierda se encuentran todos?, ¿Acaso nadie va a ayudarme?

Las preguntas van dirigidas a unas paredes de músculos y carne (una carne hedionda, sin duda). Minutos más tarde, con dificultad y tristeza, abre el bolso celeste, busca sus lentes, y se da cuenta que la mayoría de los pasajeros ha desaparecido. Trata de ver a la mujer que tiritaba de frío; pero lo que ve es un carro de tren con miles de máscaras que le sonríen. Más allá, una escalera mecánica arrastra los cuerpos de millones de muñecas de loza (en evidente estado de putrefacción). Dicha escena le provoca espasmos; se desespera, grita, huye del hielo que cristaliza su corazón.

Cuando se encuentran en la última estación, Guil y sus padres han envejecido a una velocidad extraordinaria: son una sombra al final del precipicio.

IV

La consulta del Doctor Happy se encuentra vacía de clientes. Un café amargo y un par de galletas light esperan por él en la mesa del pequeño comedor. Antes de dirigirse a tomar once, marca su celular y pide hablar con Hermitoída, para darle las buenas noticias.

-Los exámenes de su esposo están bastante bien. Aunque, claro, debe seguir tomando las medicinas. ¿Me puede usted decir cómo se encuentra ahora?

-Orimity ha dormido todo el día doctor... la verdad, él se ve bastante mejor, aunque no podría asegurarle bien, ya que a ratos se queja un poco...

-Cuando despierte déle tres tabletas de Mais Cruxáis. Ante cualquier inconveniente llámeme por favor...

-Claro, claro... no se preocupe... muchas gracias, doctor.

V

A un costado de la estación Baquedano, la capa blanca y reluciente de Mais Cruxáis flota con majestuosidad y elegancia; la actriz ha sido galardonada con la estatuilla Brooth de la Scuola de Rock Internazionale por su brillante actuación en el filme *La Depredadora New Wave*, y ahora se apresta para dar la primera y exclusiva conferencia de prensa en el salón principal del Hotel Ritz (ubicado en el corazón de la capital), y como es de suponer, cientos de visitantes a su página han enviado mensajes de aliento y felicita-

ciones a la gran dama del cine nacional, y por qué no decirlo, del cine internacional también.

-¿Es usted rockera o actriz de profesión?

-¿Con quién compartirá el rol protagónico de la próxima teleserie?

Pero Mais Cruxáis -de lentes oscuros, vestido de lentejuela café y zapatos de cristal- no responde todas las preguntas; sube a la limosina de su esposo (el ex vocalista de la banda de rock apocalíptico, Los Blooters), hace señas al público y se dirige rápidamente a su mansión en las afueras de la capital. Allí podrá descansar unos tres o cuatro segundos (jugará con muñecas de loza, se colocará máscaras que ríen, enviará correos electrónicos a sus mejores amigas, se dará baños de leche y agua mineral sin gas en una tina de mármol importada) y luego volverá, relajada y feliz, a las sesiones de su nueva película; *Especies Musicales*.

En la escena siguiente se observan millones de Mais Cruxáis marchando sobre la sombra envejecida de Ruam, Cilliemm, Guil De Plax (y todos sus amigos) en carros alegóricos que se multiplican por las calles de la ciudad siniestra. «Una marcha notable y de lujo»-dice la prensa médica- y todos aplauden en serie.

El torrente sanguíneo de ciudad Orimity se encuentra libre, por lo menos ahora, del dolor amenazante de Guil y esos bichos rockeros de dudosa intelectualidad.

THELA HUN GINJEET



La guitarra avanza. Un coro impone sus voces en el iluminado escenario. La percusión insiste en armar un juego de ilusión con otra guitarra (tal vez más acústica, con notas nostálgicas y lenta melodía). Y un sintetizador abre el vuelo de mariposas gigantes sobre el océano. Todo ello configura un cuadro irreal en este invierno de 1984. Sí, hace frío en las avenidas y calles londinenses. Las ventanillas de los automóviles se muestran empañadas, los focos en las carreteras atraviesan la bruma con una luminosidad difusa y a la vez tenebrosa mientras una lluvia tupida amenaza con invadir todos los rincones de la ciudad. Sin embargo el estadio está repleto. Mis manos y ojos se humedecen cuando diviso a Robert Fripp; imponente y solitario, caballero y sumiso ante un monstruoso instrumento musical. A ratos pareciera que ambos, él y la guitarra, fueran dos amantes bajo el cielo sin estrellas, ajenos a los miles de oídos que esperan anhelantes. No nos percatamos en qué momento emerge como un volcán en erupción el efecto; un aire de música cósmica,

un sonido experimental que, desde las neuronas de Fripp explota en la guitarra. La multitud es un solo rugido; aplaude, grita y danza hasta el cansancio; una muchacha ha mostrado sus pechos -circulares, perfectos en su simetría- y sonríe con los ojos desorbitados. Otros lloran, hacen gestos con sus manos temblorosas. Pero no me distraigo, permanezco atento a lo que acontece sobre el escenario; un saxo multicolor manejado por las manos de un Mel Collins mucho más joven de lo que imaginábamos, un acorde perfecto entre viento-percusión-voces y guitarra. «Un cuarteto magistral», escucho a mis espaldas, «unos semidioses del experimento sinfónico». Es el clímax; *Heavy ConstruKction* arrastrando al delirio, al vuelo potente y mágico de ese sonido sublime. Pero como siempre emerge la eterna enemiga; la racionalidad que todo lo cuestiona; lucho, lucho contra ella con tal de seguir envuelto en ese trance rockero.

-¡Basta!

-¡Ya. Basta!

Hago caso omiso a las voces y continúo camino a las escaleras del subterráneo musical. En un segundo las mariposas cambian de forma y son murciélagos que rondan en mi vientre, viajan por el torrente sanguíneo, invaden mis pensamientos y abren sus alas al interior de mis ojos hinchados, cansados de llorar bajo la lluvia. Sin embargo a nada le temo, ni al sonido alucinante de *Dig Me*, ni a los lamentos de un coro de esqueletos al otro lado de la pared transparente.

-¡La pared transparente de la muerte!- escucho una nueva voz.

Estoy cansado, se hace tarde: -¿Qué hora es, amigo?, ¿Cuánto falta para que termine el recital?-. Nadie responde a mis inquietu-

des de pájaro extraño. Soy el último animal que ocupa los glóbulos de una sangre heroinómana, atrapado por el frío atroz que emana de los aleteos de la mariposa-murciélago y el coro del esqueleto que arrastra canastos de cerezas en un lavatorio.

-¡Basta...!

-¡Ya está amaneciendo! Apaga ese televisor por favor...

No puedo más. Aprieto el control remoto y de una lengua emerge el disco plateado. En su carátula se puede leer:

King Crimson, live, 1984.

LAS ESFERAS DEL ÚLTIMO VIAJE



A Pamela Román

I

Al abordar el vehículo se dieron cuenta que era mucho más amplio y cómodo de lo que habían imaginado. También el aroma era agradable, amén que los vidrios y los espejos relucían como recién lavados.

-Buenas tardes.

Pero el chofer no contestó, digamos, hizo un gesto de bienvenida con la cabeza, levantó las cejas y carraspeó dos veces; una vez suave, la segunda; un carraspeo sonoro y prolongado. El anciano en cambio, dio media vuelta dándoles la bienvenida. La mujer dio las gracias, especialmente al anciano por su generosidad y grandeza. Luego ambos intercambiaron algunas palabras y sonrisas (hablaron de nubes, alamedas, paisajes a punto de desaparecer).

Durante el trayecto el conductor habló de una primavera -triste y lejana- con flores multicolores y pétalos arremolinados como los que ahora chocaban con el parabrisas. Pero nadie respondió (aun-

que a él le pareció que alguien decía «esfera desierta»).

-¡Esfera desierta!- gritó entonces, el chofer.

En esos momentos uno de los pasajeros tarareaba una canción; *black moon - black streets*, lo cual duró varios minutos, digamos, diez o quince minutos, con breves interrupciones del conductor que exigía le tradujeran la letra. ¿Se puede usted callar?, dijo uno de los pasajeros. Pero el hombre no respondió.

Minutos antes de ingresar al túnel la canción llegó a su final. El anciano intentó enderezarse, estiró sus dedos largos y huesudos, apartó un puñado de pétalos y aplaudió con entusiasmo la presentación.

Las manos prestas del cantante encendieron una vela que espantó parcialmente la oscuridad, oscuridad que en esos breves minutos al anciano le pareció una eternidad. A esas alturas el interior del vehículo estaba invadido por ramillas, hojas, flores, frutos silvestres (como si varias primaveras se aglomeraban en ese rincón del universo). Antes de llegar al extremo del túnel, unas esferas blanquecinas invadieron cada uno de los cuerpos. Fue en esos momentos en que a los pasajeros les pareció que las plantas saludaban.

-Somos de plástico- dijeron.

-Nosotros también- respondieron los ocupantes del asiento trasero. Y ellas asintieron, al ritmo del viento y la llovizna, en señal de reconocimiento.

El viento y la llovizna chocaban con furia el parabrisas. Alguien sugirió cerrar ventanas, presionar el seguro de puertas, exigirle al conductor el aire acondicionado. Tenemos frío, dijo uno de los ocupantes. A través del espejo retrovisor el chofer respondió con

un gesto de aprobación.

La carretera estaba débilmente iluminada por focos amarillentos. Aún así el paisaje se apreciaba; árboles, flores, arbustos azotados por el viento, envueltos por una bruma que bajaba con sus patas de tarántula.

Otro de los hombres exigió escuchar radio. Necesitamos música, dijo. El conductor encendió el aparato con gestos fríos y mecánicos. La música, tanto o más desconsolada que la carretera, les permitió conquistar las esferas que los rodeaban, es decir, cada esfera se unificaba a la del otro, conformando una sola; gigantesca y calurosa.

-*Bienvenidos: esto es rock alternativo*- dijo la voz de la radio.

El anciano pareció despertar de un breve lapsus de sueño y meneó la cabeza, dio golpecitos en la ventana y en susurros interpretó: *No bastan las constelaciones que giran sobre mi al fin... las luces se enredan a lo lejos, se encienden en invierno, libélulas...*

Y la mirada de todos, dirigida hacia afuera, se hizo mucho más triste de lo que podían imaginar.

El viaje musical se fue construyendo de a poco: Inverness (*Nubes*), Gasa (*Volaré hacia el Fin*), Radiohead (*Creep*), Peter Murphy (*A Strange Kind of Love*), Geddy Lee (*Slipping*), Faith No More (*I Started a Joke*), Prince (*Purple Rain*). Pero *black moon - black streets*, insistía en permanecer como melodía de fondo, parecía como si sus letras se ramificaran en notas musicales que fluían desde todos lados; paredes, asientos, puertas, llovizna, árboles. A la vez, desfilaron ante ellos miles de objetos; hojas, pétalos, corazones humanos, semillas, animales, aparatos eléctricos, embriones, instrumentos de

laboratorio médico. Sin embargo nadie parecía darse cuenta de la situación. La tristeza impedía ver la realidad.

Horas más tarde, alguien le ordenó al anciano reclinar el asiento, estirar las piernas y los brazos. Otro le conectó una mascarilla de oxígeno e inyectó algo en su brazo derecho. Y sintió los párpados pesados. Su cuerpo estaba envuelto en millones de esferas multicolores, y de sus ojos caían, uno tras otro, goterones de lluvia desolada.

-¿Cómo se siente?- preguntó uno de los ocupantes del vehículo. El viejo trató de contestarle, siquiera una palabra o una leve sonrisa, pero era imposible. Es el sueño, pensó; el abatimiento, las esferas no me permiten comunicarme con él. Y dirigió la vista hacia el lado izquierdo del auto. Entonces, bruscamente el motor se detuvo.

Cientos de puertas y ventanas cercaban el lado izquierdo del auto. Al frente, una docena de hombres permanecían aislados, cada uno envuelto en su propio círculo (¿o en los espirales del río cósmico?). Trató de hablarles, desearles una buena tarde, decirles, a ustedes los conozco, me parecen tan cercanos y reales, pero no. No existían las palabras, ni el espacio adecuado. En un arrebato de desesperación, intentó zafarse. Maldijo la enredadera de espinas que hacía sangrar su garganta congelada. Y las manos, húmedas y tiritonas, luchaban por alcanzar la mascarilla que lo ahogaba.

La mujer repitió la pregunta, ¿cómo se siente?, agregando frases relacionadas con las escenas siguientes: un anciano suplicando por favor un poco más de aire. El mismo anciano bajándose el cierre, frotándose el pene a la velocidad de un animal embrutecido. Gritos de súplica, llanto, silencio.

II

De acuerdo al primer informe de autopsia emitido por uno de los médicos de turno, el cuerpo del infortunado presentaba millones de células en descomposición (una especie de cáncer muy avanzado). Por otra parte, el 70% de su piel presentaba heridas, originadas en su mayoría, por pinchazos de flores, espinas, frutos silvestres. En un porcentaje menor, el cuerpo mostraba huellas de inyecciones intravenosas.

Un segundo informe, emitido por el galeno Ignacio Lara Huaiquián, declaró la presencia de rasgaduras en su garganta. En el interior de sus intestinos se encontró cientos de espinas venenosas, y en sus pulmones gran cantidad de sangre descompuesta.

La tercera autopsia, realizada por ambos profesionales, arrojó los siguientes resultados:

- 1-Herida contundente en su pecho.
- 2-Restos de semen entre las piernas.
- 3-Pulmones con bajo grado de elasticidad.
- 4-Venas ulcerosas en la espalda, a punto de reventar.

Como puede ver señorita, estos informes están completos. Con el director los hemos revisado una y mil veces. Hemos interrogado a los médicos, cada uno por separado, pero el resultado siempre es el mismo; los datos tienen el 100% de veracidad. Por supuesto respetamos su punto de vista, el cual, creo sinceramente, es muy acer-

tado. Pero insistimos; en base a las autopsias realizadas, no hay nada más que hacer. Aunque podríamos repetir el trámite, como usted pide, para que no haya lugar a dudas ni a malas interpretaciones, y yo, como encargada de área, me preocuparé personalmente de que así se haga, pues, como les he dicho a todos, estoy dispuesta a realizar el esfuerzo necesario para aclarar este asunto.

Con respecto a la causal de muerte, señorita, estamos ciertos que el hombre falleció en el mismo lugar; por asfixia principalmente. Aunque la asfixia es la consecuencia de algo mayor; ¿sobreexcitación sexual?, ¿susto? Con respecto a ello no me atrevo a especular.

¿Yo?... Bueno, si a usted le sirve de algo mi opinión con respecto a lo que pudo haber sucedido, le diré lo que creo: alguien obligó al anciano a subir al automóvil, lo tomó con fuerza de los brazos y la espalda. Otra persona, desde el interior del vehículo, le agarró las extremidades introduciéndolo al asiento delantero. Para calmarlo, le inyectaron alguna droga que lo alejara -¿o lo acercara?- de la realidad. También, para evitar el ahogo y la alergia (en el auto había mucho polen), le colocaron tres mascarillas en un lapso de una hora aproximadamente. En ese tiempo el anciano sintió sueño, mareo, excitación sexual (como le dije; entre sus piernas había restos de semen). Pero el miedo se apoderó de su cuerpo; lo hizo vomitar espumas de terror. Y antes que el auto se detuviera, el viejo habría dejado de respirar.

III

Debo reconocer señorita, que aquel viaje fue extraño; alguien me pidió llevar al caballero al extremo de la ciudad vecina. Y me dio las instrucciones de su paradero; dos mujeres, vestidas rigurosamente de negro, lo estarían esperando. Luego de cancelar su pasaje, el anciano me pidió escuchar música cósmica. Es para el alma, creo que dijo. Y se largó a reír lanzando borbotones de saliva rosada. En el trayecto hablamos de todo; de su niñez (una niñez de plástico, envuelta en sábanas y máscaras multicolores). Habló de sus padres, de viajes otoñales envueltos en hojas amarillentas en el sur de Chile, de su juventud y sus adicciones a los alucinógenos. Según él, tales adicciones lo llevaron a internarse en varios recintos psiquiátricos a lo largo del país, pero de todos lo echaban, debido a su mal comportamiento. -Me marihuaneaba siempre- me dijo. -La última vez que me internaron había cumplido más de treinta años, y mis padres, desesperados, gastaron una fortuna para terminar con la pesadilla. Finalmente me mejoré escribiendo- dijo. Y volvió a reír desenfrenadamente. ¿Cómo fue eso de mejorar escribiendo?, le pregunté. Me explicó que durante tres años, día y noche, había escrito en sus cuadernos de caligrafía; «No debo consumir drogas», «La droga mata», «No a los paraísos artificiales». Aquellas frases pertenecían a terapias psiquiátricas, aprendidas en cada uno de los hospitales en que había estado, repitiéndolas miles de veces (lo que le recordaba, sin entender porqué, lo de sus viajes otoñales al sur de Chile). El asunto es que esas oraciones, las cobijó por siempre en su corazón.

En el paradero N° 23, antes de llegar al túnel, tres pasajeros - una mujer y dos hombres- pararon mi taxi. Me pidieron si podía llevarlos. Consulté a mi pasajero. El anciano dijo que sí, que le gustaría hablar, principalmente con la señorita. En el camino uno de ellos comenzó a tararear una canción ininteligible: *black moon - black streets*, quise lanzar una carcajada, pero no pude. Traté de seguir el ritmo de la canción meneando las manos en el volante, pero debo reconocer que era imposible. Jamás había escuchado semejante música.

Luego de avanzado varios kilómetros los pasajeros de atrás comenzaron a reírse, aunque no sabría decir si del viejo o de mí, ya que, de un momento a otro, el anciano empezó a canturrear las canciones de un tal Mike Patton, que cantaba no sé qué canción en inglés, y como usted bien supone -casi sin darme cuenta- yo también tarareaba esa canción. Luego ellos entablaron una especie de diálogo con el abuelo; le hicieron preguntas, lo felicitaron por algunas cosas, pero también lo encararon por ciertas respuestas desubicadas. No somos tan huevones, escuché que le decían.

En aquel viaje -entre otras cosas- sucedió lo siguiente:

- Los pasajeros escupieron el rostro del abuelo.
- El viejo dijo que éramos todos unos sacos de huevas.
- La mujer clavó tres espinas en su espalda.
- Los pasajeros rieron un buen rato (excepto el abuelo que se quejaba).
- La misma mujer discutió con el viejo; le dijo algo relacionado con los músicos genios.

-Uno de los hombres le instaló una mascarilla, aduciendo que era para la tos.

-La mujer le dijo al anciano que era un monstruo y un degenerado de mierda.

-Finalmente los tres cancelaron sus pasajes, pidieron permiso y se extraviaron en el camino de la tarde.

-Quinientos metros más allá, dos mujeres -vestidas de riguroso negro-, subieron al taxi; dijeron buenas tardes, tomando el brazo derecho del viejo.

-Una de ellas le colocó dos inyecciones.

-Rascaron su espalda y le hicieron respiración boca a boca.

-Las damas de oscuro se bajaron, desaparecieron tragadas por la niebla.

IV

Cuando lo vi en el auto lo reconocí de inmediato; ojos grandes y amarillentos, nuez sobresaliente en su garganta, manos tiritonas y huesudas, voz quebrada y ronca. Es indudable, me dije; el viejo de la motoneta emprende un viaje definitivo. Por supuesto lo saludé, le di las gracias por aceptarnos.

-De nada- dijo. Y se quedó en silencio observando la niebla que nos abrazaba.

-Pero hablemos de usted -dije de pronto- de sus pasos abandonados en la bruma de estos parajes. Pero el hombre no hablaba, emitía una especie de ronroneo -suave y desconsolado- y si pronun-

ció algunas palabras, fueron las estrictamente necesarias.

Minutos después me fijé nuevamente en su mirada; unos ojos luminosos que escondían la perversidad del ser humano. Entonces sentí miedo, no tanto del anciano (aquel era otro miedo), sino del trágico instante que estábamos enfrentando; un puñado de flores espinosas caía sobre el parabrisas (parecía un enjambre de abejas), tres corazones sangraban ante nuestros ojos, un ejército de embriones sobrevolaba por el aire.

Para calmar los nervios, uno de mis amigos interpretó a capella *black moon-black streets* (¿de quién es ese tema?, la verdad, jamás he oído hablar de su intérprete, pero deduzco que mi amigo lo conoce). A medida que la canción avanzaba pude darme cuenta de las miradas burlonas del viejo y el chofer, por supuesto no dije nada a mis compañeros; opté por guardarme la rabia y tragar la saliva que subía a borbotones desde mi garganta.

Más tarde, un túnel -angosto y largo- nos mostró sus paredes agrietadas por el peso de los árboles. A la entrada y salida de éste cientos de raíces permanecían abrazadas entre sí. Es evidente -pensé- ellas conforman el sostén de la Tierra.

Al salir al exterior, el chofer encendió la radio, contó que su hijo era locutor de un programa radial llamado *Rock y Literatura*, donde mezclaban, según él, versos y música maldita. El asunto es que en ese momento la emisora transmitía un especial con bandas grunge y rock alternativo. Debo reconocer que la música era excelente (una energía fluía en nuestros corazones sangrientos). De repente mis amigos me señalaron con un movimiento de cejas al vie-

jo; y observamos, por largo rato, la movilidad de sus labios que tarareaban *I Started a Joke*. Una vez concluida la canción, le preguntamos al anciano cómo la había aprendido.

-¿Usted asiste a alguna escuela de rock?

-No- respondió secamente -Yo soy el compositor e intérprete; la única voz que traspasa montañas y relojes desechables, por si ustedes no lo saben.

Y nos echamos a reír del mal chiste que contaba, después de todo -pensé- no es tan malo mentir de vez en cuando. Pero debo confesarlo también; a partir de ese momento comencé a sentir rabia, vergüenza y tal vez odio hacia ese ser insignificante bajo la luz de las estrellas (como las de rock, que brotan, se diseminan y caen en los escenarios artificiales de su existencia). Y con voz prepotente le grité:

-¡Es imposible lo que usted asegura, caballero! Esa música... Esa canción es de este tiempo.

-El tiempo es un espejismo, señorita. Nadie asegura la efectividad de los relojes de arena.

Otra vez nos largamos a reír, aunque esa vez la risa tenía un ritmo distinto al anterior, la cual nos conducía, sin tener muy claro porqué, hacia laberintos con sabor a venganza. La primera fase del proceso requería detener el vehículo. Uno de mis compañeros pidió permiso (vuelvo enseguida). Luego de unos minutos regresó con tres o cuatro ramillas con espinas (parecidas al rosal), con unas tijeras de podar comenzó a cortarlas en trocitos de cinco a diez centímetros, depositándolas en una bolsa de papel. A esas alturas el ve-

hículo estaba envuelto en una cadena musical increíble; Peter Murphy (con voz de pánico devorando nuestros huesos apolillados), Alice in Chains (que nos robó el oxígeno, acercándonos al aire de la muerte), Mr. Bungle (como murmullo de animales en la tarde siniestra). Pero las risotadas del abuelo -cada vez más fuertes y prolongadas- impedían concentrarnos en el placer musical, así también, el movimiento de sus brazos no nos permitía mirar hacia adelante. Que el abuelo baje los brazos, dijo alguien. No soportamos su olor, contestó otro. Y por tercera vez nos echamos a reír.

La carretera infinita nos hizo retener cada ritmo escuchado, y los mezclamos en uno solo: ¿el resultado?; incertidumbre más allá de la luz.

Antes de llegar a nuestro paradero decidimos gastar una broma; tomamos los brazos del anciano, le colocamos una cuerda y lo atamos al asiento. Uno de mis compañeros reventó la bolsa de papel sobre su espalda, mientras otro clavaba espinas en distintas partes de su cuerpo (retazos de un cuerpo varonil y hermoso). Mientras reía -aunque creo que más bien lloraba- le conté la historia de Kurt Cobain, el padre de la música grunge (muerto de desesperación y sobredosis en su departamento de Seattle), le hablé de otros exponentes de esa tribu anoréxica y bulímica, de la sangre herionómana chorreando por las cuerdas de miles de guitarras en el aire. Le conté de Mike Patton, el rockero alternativo, que disfruta recibir en el rostro los escupitajos de su público.

Pero al parecer el anciano no prestó atención a mis palabras, entonces le pregunté cómo escabullirse del abismo que nos asalta-

ba. No pregunte esas cosas, me respondió (en ese momento el viejo cochino me señaló su pene bajo el pantalón; un bulto erecto, como una roca). Para evitar contagiarnos con su tos, le coloqué tres mascarillas en un lapso de cinco minutos.

Finalmente vimos la sangre que brotaba de su garganta (con cientos de espinas amarillentas), percibimos la falta de oxígeno en su mirada de súplica. Como una manera de consolarlo, le hablé de la edad fatal de los músicos genios: 27 años.

-¿La misma edad de los poetas?- preguntó llorando.

-La misma- respondí.

THRILLER



Al abrir la ventana observa la lluvia como cae bajo la luz del poste. Se moja la frente, pestaña y sonríe. El viento es tibio, sin embargo sus manos permanecen frías y húmedas (no sabemos si es por nerviosismo o por haber permanecido más de un año bajo tierra). En un arrebato el hombre estira sus brazos (delgados y musculosos), abre sus manos, atrapa un puñado de nubes y las deposita en el living. Ahora el agua corre y penetra en las dependencias de la casa. Barre con todo; zapatos, cajas de fósforos, cubrecamas, regalos (no lo recuerda, estuvo de cumpleaños en una fecha cercana; alguien ¿su madre?, ¿un amigo?, dejó regalos que permanecen sin abrir bajo los sillones). Todo flota dentro de un caos ininteligible; una peluca, una cédula de identidad que por causa de la física del agua, con su efecto de lupa, aumenta de tamaño permitiendo ver claramente la fotografía de un hombre de tez indefinida, cercano a los cuarenta, con una melena ensortijada negra. Bajo la imagen se lee su nombre: Miguel. El hombre se ríe, no para de reír.

El invierno es hermoso, por lo tanto es el invitado de honor. Las nubes lo observan con curiosidad y a la vez con tristeza -hay nubes negras, otras blancas y también una mezcla de ambas- y no pueden impedir vaciar sus entrañas sobre aquel rostro risueño.

Una mujer permanece en el cuarto destinado a las visitas (curiosamente el agua no ha entrado en él). El piso brilla, la bajada de cama apenas se distingue al estar cubierta de zapatos y calcetas de colores. Ella escucha el ruido del agua que avanza por el pasillo. Es un sueño, piensa. Da media vuelta y continúa durmiendo.

En otro dormitorio descansan individuos de rostros difusos (¿cinco, seis, siete hombres tal vez?), uno de ellos se levanta. La humedad -dice- la humedad del invierno me impide dormir, e intenta despertar a los otros que permanecen agazapados en sus sacos de dormir.

El dormitorio principal -por efecto del agua- burbujea y la cama es un barco a la deriva. La ventana se abre con estrépito debido a la fuerza del viento prepotente, el ropero se cierra de golpe, los retratos oscilan de un lugar a otro y un remolino de papeles se eleva desde los cajones y van y vienen como chaya chocando contra las paredes.

Miguel se desnuda, toma una ducha, luego se seca con parsimonia, ocupa una toalla que lleva un estampado de Michael Jackson. Prepara un café, le agrega dos tabletas de sacarosa, enciende un cigarrillo, canta, ensaya *el paso de la luna* con entusiasmo. Sintoniza el modular y con el control enciende el plasma gigante. En la radio tocan *Thriller* (faltan algunos días para el 25 de junio y continúa lloviendo en todos los rincones del país). Dentro del plasma tam-

bién llueve, una voz en off informa de miles de damnificados en Los Angeles, USA: «Se teme que el fenómeno se extienda al resto del planeta».

La mujer observa desde la esquina del living (sostiene un paraguas y viste chaqueta de cuero). Ella sonríe, a pesar de todo le sonríe a Miguel que no deja de mirar el televisor. Pide una toalla: me estoy pudriendo, le dice.

Luego la mujer opta por volver al dormitorio. Ahí enciende un televisor en blanco y negro y observa el mundo como se desmorona a pedazos. Ella gime, le teme a la humedad que entra por sus poros. El agua es fuente, ora de vida, ora de pudrición: bichos microscópicos recorren sus várices a millones de milímetros por segundo.

Un hombre de rostro encapuchado conecta cámaras de vigilancia distribuidas en las habitaciones de la casa. A través del monitor observa a la mujer que estornuda con desesperación. Según él, el invierno es dañino. El agua de lluvia es perdición, piensa en la tediosa espera; deberíamos morir, caer al vacío, enterrarnos en el lodo que aumenta por kilos.

Al día siguiente la lluvia copa cada rincón de la casa. Los dormitorios permanecen cerrados. La mujer observa a Miguel de pies a cabeza.

-Va a escampar- le dice.

-No creo- responde él con aire ausente (se levanta en pijamas, se mira al espejo, palpa su estómago que cruje. Hambre. Se dirige a la cocina).

-¿Entonces jamás saldremos de aquí?- pregunta ella con impaciencia.

-No lo sé... supongo que no- agrega. Y corre hacia el ventanal a observar la niebla que danza con movimientos ondulantes. Trata de cogerla con ambas manos, pero es imposible; la neblina escurre por entre sus dedos húmedos y grises.

-¡La niebla es como el humo!- grita uno de los encapuchados por el altavoz -¡déjela en paz y vuelva usted al sillón!

Pero Miguel no hace caso e insiste en tomarla, decirle: Bienvenida señorita niebla. Tenga usted el placer de conocer una a una las habitaciones de esta casa siniestra (una docena de ellas están deshabitadas por más de cincuenta años, por si usted no lo sabe). Mis abuelos vivieron aquí. Ellos llegaron del Norte Grande. Conocieron al primer dueño; dicen que era un Conde. El Conde de la Parrasía.

La tercera mañana -aunque bien podría ser la quinta o sexta- Miguel se levanta de madrugada; se viste de negro, coge un paraguas, le pide a la mujer el impermeable.

-Procura no mojarte- le dice ella.

En su deambular se da cuenta que la humedad está en todas partes; paredes, pasillos, puertas, ventanas. Algunas gotas de lluvia se agitan turbias colgando del cielo enmohecido (es el polvo, dice él). Sin darse cuenta, en un arrebato, una maniobra inconciente (¿impotencia?, ¿tristeza?, ¿esquizofrenia?) el hombre estira sus brazos, agita sus manos expulsando las nubes de la casa.

-¡Adiós!- les dice. Se seca las lágrimas y los mocos. Se encierra en el baño. Lloro y defeca en la oscuridad del universo.

Los hombres encapuchados miran el valle desde el tercer piso;

la lluvia es un canto triste que moja las techumbres del pueblo, dicen ellos. ¿Y la niebla?; la niebla es el fantasma solitario que azuza nuestros miedos.

Ha llegado por fin el día esperado. Llueve, llueve, llueve. Una voz en off -en todos los televisores- informa que son miles los dobles secuestrados en el mundo; «Una nube oscura se esparce con su vaho invisible sobre la raza humana: entra por la boca y sale por la nariz -aunque en otros casos lo hace por el ano- y se apodera del pensamiento. Así nos lleva, a su antojo, por los caminos del abismo». Los encapuchados, atentos a la información, bajan al primer piso en espera del hombre verdadero.

La mujer está preocupada por lo de la nube invasora. -¿Deberíamos usar mascarilla?- le pregunta a su médico al que ha llamado por teléfono.

-Puede que sea necesario- le responde al otro lado de la línea.

El médico comprende que su paciente esté inquieta; tanto tiempo de plagio es demasiado (tal vez me necesite. Debería intentarlo, pero me asusta la humedad que la rodea. En el historial de su flujo vaginal siempre vi la danza de un millón de arañitas de rincón; aparece una, da la bienvenida. Luego se suman diez, cuarenta, miles. Todas en su conjunto conforman la danza venenosa. ¡No! Definitivamente no puedo). Y corta bruscamente la llamada.

El día transcurre sin novedad, con ese aire de prolongada incertidumbre. La tierra ha permanecido firme bajo el fango. Después de dos años de su desaparición, se confirma -en todos los

medios de comunicación- que el certificado de defunción es definitivo. No hay paso atrás. Los hombres retiran sus capuchas y se recuestan abatidos en los sillones.

La mujer limpia su maquillaje, se desviste con lentitud. Siente un cosquilleo entre las piernas. Maldice a la lluvia intransigente que moja su sexo.

Miguel espera el nuevo día tranquilo. Escucha música: *Thriller*.

DOLORES



I

A tu abuela la tengo presente en mis oraciones -le dije a María de los Ángeles- más ahora que he visitado la biblioteca y el encargado me prestó cuatro libros; *Los Cuentos de La Becada* (Guy de Maupassant), y las novelas de Heinrich Böll (*Retrato de Grupo con Señora*, *El Honor Perdido de Katharina Blum*, *Asedio Preventivo*). Entiendo que a ella le gustaba relatar la trama de esas historias -continué diciéndole-, tal como lo hacía con *La aventura de Walter Schnaffs*, la que si mal no recuerdo provocaba tal emoción que lloraba al citarla. Sí, así es, amigo -me respondió- agradezco tu apreciación. Luego hablamos de otros de sus parientes; una tía -solo siete años mayor que ella- muy querida (por lo que pude darme cuenta), de nombre Teresa Jesús, la cual, después de estudiar canto y actuación, había emigrado a Australia (marzo, 1988), radicándose definitivamente en no sé qué país de Europa. También hablamos de su

abuelo paterno; de su adicción al vino tinto y a los cigarrillos artesanales. -Y a las putas- agregué en el momento, ante lo que mi amiga cortó bruscamente la llamada.

Al final del último semestre nos topamos por casualidad. Estaba realmente hermosa (aunque suene siútica la palabra). Por supuesto le pedí disculpas por lo que había dicho de su abuelo. ¿Lo de su gusto por las putas? -preguntó con una sonrisa de mujer interesante.-Sí -le contesté con cierta timidez.- Pero si es verdad, -me dijo- no veo nada de malo en eso. Y nos echamos a reír nerviosamente. Luego empezamos a caminar por la alameda, le pregunté qué era de su vida, por sus notas, amistades.

En el paradero nos despedimos, pero antes de darle un beso (en la mejilla, por supuesto), le pregunté por su abuela.

-Ella está muy bien- me respondió.

-¿Y tu tía... has tenido noticias de ella?

-¿Acaso no supiste?- dijo abriendo desmesuradamente los ojos.

-Mi tía falleció hace dos meses; el mismo día de su regreso cayó del noveno piso de su departamento en Santiago.

A partir de esa conversación me entró la curiosidad de saber más acerca de su tía. El plan A fue comunicarme con ella; a través de Facebook le dije cuánto sentía la muerte de la tía Teresa, le expliqué que de la poca información que manejaba del suceso, consideraba era importante investigarlo más en profundidad. -Debemos reunirnos- dejé escrito en su muro. A los dos días nos encontramos en un parque recién inaugurado al frente de la carretera de Piedra Grande.

Como era de esperar, María de los Ángeles deslumbraba por su hermosura, tanto o más que la vez anterior. Esta vez no nos besamos en las mejillas, nos dimos solamente un apretón de manos (suave y frío) y un tibio abrazo. Daba la impresión que recién estábamos conociéndonos y que nunca más nos veríamos. Enseguida quiso saber por qué para mí era tan urgente saber lo sucedido con su tía. Entonces le expliqué lo aprendido en Periodismo, además de ponerla al tanto con lo que estaba ocurriendo en otras ciudades de Chile. Hay un aumento inédito de asesinos en serie -le dije con una risilla nerviosa- además (y eso lo dije muy serio) sé muy bien que para ti, esa señora era muy importante. Y se lanzó a llorar como adolescente despechada.

Días después debí reconocer que ni lo de adolescente ni lo despechada era real; a través de Facebook supe la dolorosa verdad: -Estoy enamorada- pude leer en su muro. -Es un compañero de universidad- decía en letras rojas (a mí me parecieron rojas, como la sangre de su tía diseminándose en el frío pavimento de una calle de la capital).

Tiempo después, un sábado de madrugada, María de los Ángeles me llamó con voz desesperada (si es que se puede emplear ese término). Respondí un tanto atontado debido a lo intempestiva de la llamada, (había trabajado todo el día, y parte de la noche estuve estudiando para el examen de Lenguaje). A pesar del sueño y el susto que me provocó, traté de entender lo que decía. Estas son

algunas de las frases que creo haber escuchado:

- 1.-Estoy angustiada, Martín.
- 2.-Tuve pesadillas.
- 3.-Discúlpame por llamar a esta hora.
- 4.-Mañana... ¿mañana puedo verte? (¡Por supuesto que sí, contesté con alegría).
- 5.- ¿A las siete... en el parque?

-A las siete. En el parque- iba recordando que le respondí cuando al día siguiente me dirigía a la cita, (eran cerca de las seis de la tarde); traté de concentrarme en lo que habíamos hablado la noche anterior (¿de qué se trataba la pesadilla?, ¿seguía enamorada?, ¿tendría algún dato acerca del accidente de su tía?).

A dos metros de ella pude cerciorarme que estaba menos atractiva que la última vez. Tenía los ojos irritados, la tez pálida y sus labios parecían mordidos. Apenas se acercó me pidió disculpas aduciendo que estaba apurada. Tengo una cita de última hora -dijo- pero quise cumplir con nuestro compromiso. Notoriamente molesto le dije que no se preocupara, que yo también estaba apurado; vendrían a buscarme en cualquier minuto; pero qué le vamos a hacer, así son las cosas, ya somos adultos. Al terminar de hablar me miró con cara de no entiendo nada y nos largamos a reír, risas extrañas que dejaban entrever un aire de cierta desconfianza. La conversación se prolongó más allá de lo esperado; media hora o cincuenta minutos. Temas no faltaron; su pololo, la universidad, los amigos,

también hubo chistes. En algún minuto recordé a su abuela; estoy impresionado de su versatilidad -dije entusiasmado- supe que grabó un disco increíble, una recopilación de temas folk rock (o rock-cueca, creo que dije después), con invitados de lujo; Juan Cahorius, Gino Cuevas, Leo Roth, y dicen que ella se luce con la guitarra. Enseguida rememoré la última vez que había visto a doña Isabel Dolores -hace menos de un año- en el living de su casa; me saludó con dos besos (uno en cada mejilla), me pidió me sentara, pues tenía un par de piezas preparadas especialmente para mí. Luego tomó su guitarra, alguien encendió dos focos (era invierno los días oscurecían temprano), y comenzó a interpretar un tema de Radiohead (acústico, por supuesto). A continuación interpretó *Nunca quedas mal con nadie* de Los Prisioneros, y terminó la presentación con dos temas de Los Tres. En ese lapso el mundo había cambiado por completo, la singular estrella del rock se lucía de pies a cabeza. En otra época, cuando íbamos al liceo con María, en MTV la mostraban a cada rato; «la abuela del rock chileno», decían los especialistas.

-Realmente es genial, ¿cierto?

-Por supuesto- me respondió María de los Ángeles. -Sé muy bien que la abuela es una mujer excepcional. Pero todos en la familia creemos que ya no está para esos trotes, debería jubilar, tomando en cuenta lo que ha ocurrido últimamente con su vida. Finalmente María habló de sus nuevas amistades; un actor de teleseries, que había sufrido un accidente automovilístico junto a unas prostitutas contratadas para no sé que fiesta en el barrio alto de Santiago. Habló de su pololo; un tal Gerardo Jara, deportista y modelo. Un

degenerado de mierda, pensé con algo de rabia. Aunque el tema no me interesaba, igual le dije que ya sabía lo de ese actor de teleseries, de su actuación en un programa para adultos y sus millones dilapidados en discotecas y pubs del país. Traté de felicitarla por su pololeo, pero mi pensamiento estaba en distintos lugares; mi trabajo, los exámenes finales, la ropa sucia en la lavadora. Nos despedimos, intenté decirle algunas palabras amables, pero no pude. Vi como se alejaba hasta que de pronto dio media vuelta y volvió para decirme la frase más importante de la cita.

-Leí el informe de autopsia de mi tía. Lo guardaba mi abuela bajo llave. En resumen, lo más relevante: Presentaba rastros de ingesta considerable de alcohol, y también marihuana.

La miré extrañado. No imaginé jamás que Teresa llegara a esos límites -le dije-. En todo caso insisto que algo extraño hay en su muerte (reafirmé la noticia de asesinos en serie). Me gustaría conversar el tema con tu abuela. ¿No te molesta que lo haga? María en un gesto mecánico tapó su boca con un pañuelo y tosió dos veces seguidas.

-No hay problema- dijo con voz forzada.

II

Creo que amo a esta mujer. O bien, es ella la que ama en esta historia; yo solamente obedezco al ritmo de sus deseos, como buen servidor, pero de los más fieles, porque a mi Marucha hay que cuidarla de verdad. Sobre todo de esos tipos que frecuentan la uni-

versidad; muchachos con caras de zombies, disfrazados de extraterrestres, con las manos transpiradas (y las piernas también) de deseo carnal. Pero qué le vamos a hacer; yo soy el elegido; el que seduce, vuela y aterriza en ese cuerpo virginal. Y me alegro cuando me lo recuerdan; eres rajudo, dicen mis amigos más cercanos. Pero me hago el humilde, como si no me importaran esas palabras (palabras vulgares por lo demás, no acordes con mi reina). Al final terminamos riéndonos de tanta porquería que hablamos, eso sí, siempre que María no esté presente.

Jamás voy a olvidar el día que nos conocimos, fue hace siete meses (¿o seis?); el chat estaba abierto: hice click en la ventana, apreté un par de veces el teclado, y ahí apareció como una diosa en la pantalla; deslumbrante, con cara de niña cuica e inteligente. Le pregunté su nombre -el verdadero- y me señaló las iniciales solamente, es decir, M de los A.

Solo un par de semanas después me invitó a conocer a su familia. Mis padres llegarán en cualquier momento -dijo- toma asiento, por favor. Si quieres ver tele ahí tienes el control remoto -agregó- y se dirigió al baño a tomar una ducha. Obediente, encendí la tele, miré un canal de dibujos animados, luego otro de deportes (uno de fútbol, para ser más preciso, donde un tipo colorín le apuntó medio a medio al arco rival; resultado final= 4-2). Terminados los goles sintonicé uno musical (cantaban Los Bunkers, al parecer era un especial del conjunto). Puse atención, pero en un instante me pareció escuchar a mis espaldas la voz de alguien que cantaba; «Corazón, corazón, corazón». Miré hacia atrás y la voz desapareció.

Me levanté del sillón a fin de descubrir quién era la cantante, necesitaba conocerla (imaginé alguien delicada y hermosa como mi Maru; ¿una tía?, ¿prima?, ¿vecina?), me adentré por el pasillo que conducía a la cocina, pero no hallé a nadie. No quise pasar por entrometido por lo que volví al living. Cuán sería mi sorpresa al verla instalada en el sofá que yo ocupaba tan solo un minuto atrás; la seguidora número uno de Los Bunkers; la abuela materna de María. Le sonreí amablemente, traté de saludarla, pero no se dio por aludida (se comportaba como si estuviera sola). Me resultó imposible no fijarme en su vestimenta; zapatillas Nike amarillas, pañuelo transparente apretado a la cintura, lentes oscuros y cintillo multicolor en su cabeza de nieve. Por supuesto no dije nada, no me reí ni nada por el estilo. Pero si hay alguien ridículo y estrafalario en este mundo, yo diría que la vieja la lleva. Y juro por Dios que es cierto; la abuela se cree estrellita rock. Según mi criterio, la señora está más que chiflada, la comunicación con ella es complicadísima (habla en inglés, saluda y gesticula como una diva decadente). Por supuesto no le he dicho nada de este incidente a Maru, a lo más algunas veces le pregunto cómo está la abuela, por su salud, pero nada más; mi amorcito es recelosa y no acepta que toquen temas ingratos.

Con respecto al resto de su familia (además de sus padres, vive con dos tías solteras, dos hermanos pequeños y dos hermanastras). Yo diría que mi relación con ellos es un tanto amorfa, indiferente. Por lo general cuando estoy de visita pareciera que yo fuera un dibujo, o tal vez el hombre invisible. Pero que le vamos a hacer, nadie está obligado, creo yo, a aceptar a todo el mundo como

amigo, aunque no quiero ser injusto; en su familia existió alguien especial que me valoró de verdad; me refiero a la tía, la gringa. Desde Europa ella siempre me saludaba -por Facebook, como corresponde-, decía que yo le tincaba, que era un buen partido para su ahijada regalona. Ámense siempre -dejaba escrito en mi correo-, mientras me decido a viajar. En cierta ocasión le dije que estaba orgulloso de ser su sobrino regalón, que viniera a conocerme, (parecía un tanto ególatra, pero no pude evitarlo). Soy deportista y modelo de exportación -le escribí con letras grandes-, estoy estudiando para después ganar harta plata y comprarme autos modernos y una casa en el sector más top de Piedra Grande. Aquella vez la tía Teresa no contestó mi Facebook como yo esperaba, pero tiempo después llamó directamente a mi celular.

-Estoy en Santiago- me dijo. -En mi departamento de Providencia.

-¿Ya?

-Pero ven a verme solito... estoy intrigada por conocerte.

Apreciar Santiago de noche desde la terraza de un noveno piso, es para cagarse de miedo. Más aún si estás bebido (me atrevería decir que hasta drogado), y te lo han mamado hasta dejarte seco. Así me sentí la vez que conocí a la tía Teresa. Recuerdo que en algún minuto tuve que sacármela de encima, insistía en que ambos podríamos volar, echar el ala y apretar cachete, irnos a Europa al instante.- ¡Estás rayada!- le grité. Me la saqué de encima con un empujón y salí arrancando en busca del ascensor.

Desde aquel día me persigue esa última imagen como un sueño afiebrado; un vaho difuso que intento borrar a como de lugar del mapa interior (aunque eso cuesta, la memoria almacena lo inde-seable).

III

Miles de veces me he preguntado (sin encontrar una clara respuesta) porqué algunas mujeres congeniamos mejor con los hombres. Así ha sido para mí desde la niñez hasta ahora (23 primaveras). Primero fue con mi padre; siempre atento a mis llantos o preocupado cuando mis pasos osados me conducían más allá de la oscuridad (o al juego prohibido de las escondidas), luego fue mi abuelo; un hombre de palabras precisas y saludo tímido (que me espiaba secándose la baba tras las cortinas, vigilando mis pasos en la niebla). En el colegio, aparte de mi amistad con Martín (una amistad extraña, no exenta de sentimientos) fue mi profesor, don Edmundo Pérez Olguín, a quien amé locamente (con neuronas multicolores, frescas y brillantes); a él dediqué mis primeros versos titulados *A orillas del Recreo* (I y II Parte), los cuales hablaban de una chica enamorada de un mago, el que llenaba todos sus espacios vacíos. Mi apreciación de este hecho sigue siendo el mismo; soy intensa para amar y, al mismo tiempo, recibo mucho, y aún así es poco; necesito siempre más -como arañita de rincón entre las sábanas- aunque como buena dama de papel (así me ven), debo guardar las apariencias. Tal vez por esta condición, a veces -sólo a veces-

me he visto envuelta en situaciones comprometedoras, pero me las arreglo, de alguna u otra forma, para salir airosa del asunto. Sin ir más lejos, ahora estoy envuelta en ciertos hechos que me complican, me da pena reconocerlo; soy una mujer infeliz. Y no es que sea mala - como dicen mis compañeras de universidad- o tal vez sí lo sea, quiero decir; me gusta mantenerme en la superficie ajena a romanticismos baratos; no hay túneles secretos que me conduzcan a sentimientos concretos (mi padre me vigila desde el otro lado), y si quien está a mi lado traspasa ese límite, doy por concluida la travesía.

Es un poco lo que ha sucedido con Gerardo, mi pololo desde hace seis meses. Le he hecho ver que la amistad es más percedera que el pecado original, así fue desde el comienzo: no me toques Gerardo, por favor, mis padres llegarán luego. Enciende la tele que voy a ducharme (desnuda, con las piernas abiertas como diosa), espérame aquí, en el living, vigila a mi abuelita (ella es muñeca indefensa; no dejes que atraviese el túnel, por favor). A mis tías no les hagas caso; son sordomudas, ¿mis hermanos? Mis hermanos son chicos; puedes ver los monitos animados con ellos, si quieres. Y me queda mirando con ojos nublosos, trata de abrazarme con sus manos tiritonas. Entonces arranco a la ducha; me desnudo, abro la llave y me sumerjo bajo el chorro de agua caliente.

Gerardo se conformaba con explicaciones banales; se entregaba fácilmente a mis dominios, pero, la verdad, se produjo un cambio repentino después de los chateos con mi tía desde Escocia: soy su sobrino regalón, decía. Se entusiasmó en demasía con su posible viaje. Quizá por eso su conducta actual, al parecer le afectó de

sobremana el hecho que muriera la noche antes del día que iba a conocerla.

Con respecto a Martín; no puedo evitar llamarlo, decirle te quiero pero no te amo, o eres lo mejor pero jamás lo ideal. En simples palabras; eres la mitad de un todo (o un todo que en mi juego es nada). Martín, pobre de ti, lombriz solitaria y desgraciada. Pobre de mí también, condenada a convivir con mis ojos sellados. Sin embargo sé que lo necesito; quién mejor que él para hablar a solas, desahogarme del tormento que atraviesa los cielos de Piedra Grande, y decirle ayúdame amigo, dame otro consejo por favor, alíviame de esta carga que muele mis huesos.

Pero no sé si será resultado de su tormento (¡espero que no, por favor!), pero mi amigo se ha convertido en un animal extraño que camina por las avenidas de un pueblo sin luz. A pesar de ello he soñado con él. Fue hace un mes, desperté, y lloré (un llanto suave, pero honesto), y caí en cuenta que no estaba a mi lado. Entendí que debía llamarlo, decirle; ¿qué pasa contigo?, ¿qué está sucediendo, por Dios!

-Estoy preocupada por ti, Martín.

-¿Aló?

-Tuve pesadillas.

-¿Aló?

-Mañana... ¿mañana puedo verte?

Las respuestas de mi amigo fueron vagas, sin sentido (iban y venían sin dirigirse a ninguna parte). Y creí verlo, desnudo e indefenso, en los laberintos de una noche más oscura que la mía. Quizás

estaba «ido», como tantas veces lo he visto por ahí; en el supermercado (donde él trabaja), en la universidad (donde él estudia), en la plaza (donde él pasea).

Al otro día concurrí al parque a la hora señalada; saludé a Juanito, el «chaparrero de Piedra Grande». Le compré unas empanadas, y esperé ansiosamente a Martín. Apenas lo vi, corrí a sus brazos en espera de sus caricias (de amigo, por supuesto), pero lo encontré menos atractivo que la vez anterior; tenía los ojos irritados, la cara pálida y los labios como mordidos. Hablamos de sus padres y de los míos, de sus hermanos y de los míos, pero en lo medular, lo que más le interesaba, de la muerte de mi tía. (Un talento perdido, el natural relevo de la abuela rockera, fueron sus sentidas palabras). Luego habló de posibles asesinos en serie y otras elucubraciones que no vienen al caso. Nos alejamos del parque, caminamos, nos abrazamos, intentamos decir palabras amables, pero fue imposible. Nos despedimos. Caminé unos pasos y me arrepentí; le dije lo del informe de autopsia. Martín abrió sus ojos con incredulidad, me preguntó si me molestaba que hablara con mi abuela. Dudé. Le respondí que no, que no me importaba.

IV

Realmente agradezco que hayas venido a verme. Sé que siempre me has considerado una verdadera artista. La verdad Martín, te prefiero mil veces como el futuro de mi nieta, mi Marujita, no ese

modelito frustrado. Qué te puedo contar, mi carrera artística está en un status quo, todos en mi familia quieren que me retire. Pero yo no, tampoco mi manager, me lo dice a cada rato: debe ser fuerte doña Isabel, manténgase firme en sus decisiones de mariposa feliz, piense como rock star y no les haga caso a los envidiosos de siempre. Y me arreglo el cabello, me pongo colorete, pantalones de seda, tacones de corcho y vamos subiendo a los escenarios del universo sangrante; Festival Piedra Roja (divino), Festival Amnistía Internacional (nostálgico), Festival San Pancraccio (místico), Festival Viña del Mar (¿cebollero?; ¿es algo más que eso!), y los aplausos no se hacen esperar; soy la Lady Gaga de Piedra Grande.

Mis amigas de siempre; Lily Castañeda, Lala López, Lelé Marián dicen lo mismo. Estoy plenamente vigente. Pero asumo que tanta fama me ha pasado la cuenta, por lo mismo, todos me aconsejan manejar mis emociones; no dejes que hieran tu corazón, dicen mis amigas. No permitas que alguien, desconocida y sin gracia, aserruche tu piso de plástico. ¡No!, les contesto. No permitiré que la luz se quiebre en el espejo de mis años. Y envuelta en mi capa rojo italiano, doy giros en la pista multicolor.

Pero volviendo al motivo de tu visita; ¿qué quieres que te cuente, hijo?, ¿te tinca si empezamos por la época en que Teresa estudiaba canto y actuación? Una anécdota, fijate que esta niñita simulaba que el mate de mi madre era micrófono, lo agarraba a dos manos, saludaba a los presentes y cantaba canciones de moda. Muchas veces la vi desafiante ante el espejo: soy la Madonna de Piedra Grande, decía. Después de egresar del instituto agarró sus maletas

y se fue al extranjero; alguien le aseguró que las latinoamericanas eran apetecidas en Australia, y partió sin considerar nuestros puntos de vista. De ahí la vimos muy poco, salvo un par de veces que vino a Chile. Por una amiga supimos que había adquirido un departamento en Santiago, y, según uno de nuestros parientes en Europa Teresa trabajaba en una banda underground (esa palabra utilizó) en los suburbios de Escocia.

Cierto día (¿cinco años atrás?) una de mis sobrinas me señaló un video en You Tube; la música estaba cargada de atmósfera (mezcla de pop, con jazz acústico), intenté reconocer a la cantante que giraba como trompo y bailaba sobre un escenario chiquito, movía las piernas y el pecho, tiritaba como delfín sobre las olas de un mar salvaje. Al principio me gustó su rutina; movimiento de caderas, voz ronca, maquillaje punky, vestimenta masculina. Pero a medida que transcurrían los minutos empecé a sentir rabia, un rechazo a la puesta en escena más ridícula que me ha tocado ver. ¡Ésa no es mi hija!, grité. Y salí corriendo al baño de visitas.

Desgraciadamente la realidad es tal cual, no hay trampas en su manifestación. Y de la noche a la mañana, entendí que Teresa Jesús era mi principal heredera, la continuadora natural del talento artístico que corre por mis venas. En la ocasión quise verla, prodigarle bendiciones, apoyarla en el frágil camino por el mundo de la música y los escenarios. Le envié algunos e-mails, le comenté que estábamos orgullosos de ella, que la veíamos en Internet a cada rato y traté de persuadirla para que viniera a Santiago (a los escenarios de su propia tierra).

Por supuesto que iré -me contestó-; una productora de eventos me tentó con una oferta nada despreciable; seré la estrella de una fiesta electrónica en una disco *under* que queda en el centro de Santiago. Estoy feliz mamá, tú sabes, los genes de artista no nos abandonan.

El día de su llegada me sorprendió con una llamada a las tres de la madrugada. Necesito hablar contigo -me dijo- es urgente que vengas antes del amanecer. Al principio sentí un poco de susto, le expliqué que era muy tarde para vernos. Reunámonos mañana -le dije con voz ronca- ya tendremos tiempo para conversar. Pero cortó bruscamente. Entonces me preocupé, me vestí, la llamé, le dije ya voy, espérame, qué es lo que está pasando niña por Dios. Lo que escuché de respuesta fue una especie de sonido vomitivo (un vómito, como lava ardiente sin duda).

En el trayecto fui pensando -con algo de rabia y felicidad- lo que había escrito en su muro. Quizás por eso esté molesta -pensé en voz alta- pero qué le vamos a hacer, la realidad es tal cual, no existen trampas en su manifestación.

Al ingresar al edificio sentí un aire helado a mis espaldas; pedí permiso, dije buenas noches, pregunté por el número del departamento de la señorita Teresa Jesús Olavarría Dolores. Noveno piso, habitación 969, escuché que decían.

El departamento estaba caliente, con fuerte olor a trago, y por qué no decirlo, a marihuana (como si hace un rato hubiese acabado una fiesta). Teresa -con los ojos idos y manifiestamente bebida- me saludó con un simple apretón de manos. Enseguida vuelvo -dijo de

pronto- siéntate si quieres-. Y fue al baño con pasos tambaleantes.

A los veinte minutos volvió con el rostro maquillado (ojos sombreados, pestañas crespas y brillantes). Luego se sentó, mostrándome los dientes, a mi lado. Evidentemente, el alcohol (¿y el sexo?) era el principal olor que se esparcía como espíritu negro por las habitaciones. Entonces le pregunté el porqué estaba borracha, acaso no le había enseñado a comportarse como señorita, ¿o eres alcohólica?

-No soy alcohólica, ni estoy borracha- contestó mirándome los pies. Luego intentó pararse, dijo algo que no entendí, hizo mímicas de vuelo, hasta que un vómito (amarillo y hediondo) cayó sobre la alfombra.

Al intentar pararme del asiento Teresa Jesús tiró de mi brazo, manifestó estar dolida por lo que había escrito en su muro, preguntó por qué pensaba eso de ella, los escenarios necesitaban renovarse, e insistió en que yo, a mis años, debería retirarme con dignidad de la música. Entonces me piqué, le tiré un puñete y un escupitajo. Pero enseguida me arrepentí; comencé a tiritar, traté de controlarme y le pedí disculpas. Después de todo eres mi heredera, creo que le dije. Como respuesta escuché una carcajada cruda, pegajosa como su voz etílica:

-¡Para que veas! -gritó-. ¡Voy a demostrarte mi superioridad!

Cuando alcé la vista divisé a Teresa Jesús en la terraza; movía los pies y brazos como *prima ballerina* (una danza hermosa y cruel). Y su figura de reina, dirigiéndose a la luz de las estrellas, gritó:

-¡¡Puedo volar!!

AGRADECIMIENTOS:

A los amigos escritores del Valle de Aconcagua; especialmente a Nelson Herrera, Patricio Serey, Felipe Moncada y Rodrigo Arroyo.

ÍNDICE

I PARTE

REENCUENTRO	11
MADONNA ´S.	29
APOCALYPSE	39
1988	51
MELODÍAS DE LA CONFUSIÓN	57
BOYS DON´T CRY	69
AMIGOS	75

II PARTE

TRAVESÍA.	97
AVENIDA 23	105
BREVE HISTORIA DE ROCK	127
THELA HUN GINJEET	137
LAS ESFERAS DEL ÚLTIMO VIAJE	143
THRILLER	159
DOLORES	167

COLOFÓN

E D I C I O N E S

Historias de Rock © Marco López Aballay.

Registro Propiedad Intelectual N° 211.998

se confeccionó en Valparaíso, en el mes de enero
del año 2012. Para su diseño se utilizaron las tipografías

Adobe Garamond Pro, Agfa Rotis Semisans, Calibri y Garamond.

Las ilustraciones fueron realizadas por Sebastián Moncada Román.

Sus interiores han sido impresos sobre Papel Bond Ahuesado. Se realizaron 300
ejemplares, encuadernados artesanalmente en los Talleres Inubicalistas de Cerro Alegre.

Parte de la escritura de estos cuentos ha sido posible gracias a la Beca
de Creación para Escritores Profesionales, convocatoria 2011

Fondo Nacional del Fomento del Libro y la Lectura.

I N U B I C A L I S T A S